



Nº 140

*Desde las colinas de Jerusalén.
Desierto y literatura en la colonia
galesa de la Patagonia.*

Fernando Williams

27 de agosto de 2004 – 12:30 horas

DESDE LAS COLINAS DE JERUSALÉN.
Desierto y literatura en la colonia
galesa de la Patagonia.

Fernando Williams

NOTA PRELIMINAR:

El presente trabajo integra el cuerpo de investigaciones del Programa CHE, Problemas de Cultura, Historia y Espacio. Dicho programa, con sede en el IAA y bajo la dirección de Jorge Ramos, está a cargo de los investigadores Horacio Caride, Graciela Favelukes, Rodolfo Giunta, Alicia Novick, Verónica Paiva y Fernando Williams.

Entre sus objetivos establece:

- a) ampliar el campo del conocimiento en torno de la historia urbana y territorial, analizando los dilemas actuales a la luz de la experiencia histórica, y
- b) consolidar un ámbito de estudio, debate y producción, que posibilite revisar los presupuestos y las operatorias que sustentan las investigaciones en historia urbana y territorial.

La pertinencia de este estudio dentro del Programa, se remite a la posibilidad de explorar las representaciones puestas en circulación a partir de una de las grandes estrategias de ocupación y organización del territorio argentino como fue la colonización agrícola.

El presente texto es parte de la tesis de Maestría en “Sociología de la Cultura” (IDAES-UNSAM) que procuro finalizar este año. Dicha tesis que lleva por título: “*Ym Mhatagonia: Literatura de viajes y paisaje en la colonia galesa del Chubut*”, se concentra en el análisis de las diferentes imágenes con las que una serie de autores galeses construyen su visión de la Patagonia. La del desierto es una de esas imágenes y representa el recorte a partir del cual se define el texto que someto aquí a discusión. Los límites de ese recorte han determinado que la extensión de este trabajo sea excesiva, superando las 40 páginas permitidas. Deseo, por ello pedir disculpas a todos. Dado que se trata de parte de mi tesis, quisiera subrayar, al mismo tiempo, el valor que para mi representa discutir este trabajo con mis compañeros y tomar debida nota de sus comentarios.

DESDE LAS COLINAS DE JERUSALÉN.

Desierto y literatura en la colonia galesa de la Patagonia.

Fernando Williams

1. INTRODUCCIÓN

En la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX la figura del desierto condensaba un diagnóstico tanto sobre los territorios que se deseaban ocupar como sobre la sociedad que se deseaba transformar. La colonización agrícola constituyó una de las soluciones ensayadas para erradicar el desierto, generando, por un lado, asentamientos de población permanente, estabilizando la propiedad e incorporando nuevas tecnologías y mano de obra y por otro lado sentando las bases de un nuevo orden políticamente liberal, económicamente capitalista y socialmente burgués. Así, las colonias participaron activamente de un proceso de consolidación de nuevas formas de sociabilidad, de producción y comercialización y de representación política.

En un trabajo que fue objeto de discusión en un seminario anterior partíamos del “desierto” como contrafigura para señalar las operaciones económicas, sociales y culturales implícitas en el desarrollo de la colonización agrícola, concentrándonos en el estudio del espacio doméstico y de las implicancias de su surgimiento y consolidación¹. En oposición a “desierto”, elegíamos trabajar allí con la figura de “jardín”². Su elección, aplicada al caso de la colonia galesa de la Patagonia, se vinculaba con la inscripción de mi labor de investigación en el área de los estudios del paisaje que se caracterizan por promover una visión del espacio asentada tanto en su construcción como en su representación. Así, la figura del jardín, no exenta de matices estéticos, servía para articular una dimensión física y material de la transformación territorial con las representaciones e ideas participantes de ese proceso de transformación.

Abordar las colonias agrícolas decimonónicas en tanto “dispositivos civilizatorios” no es, por cierto, original pero implica reconocer que los colonos, en este caso los galeses de la Patagonia, en su carácter de “agentes civilizatorios”³, adherían de alguna manera al diagnóstico implícito en la figura del desierto tal como había sido postulado originalmente por Sarmiento y posteriormente adoptado por aquellos que desde el estado nacional se propusieron erradicar ese desierto. Desde el momento en que los colonos activan un dispositivo de control del territorio especialmente configurado y promovido por el estado nacional, volviéndose partícipes de su política territorial y legitimando el dominio de dicho estado sobre una amplia región de la Patagonia, podríamos concluir, al menos en forma preliminar, que existía entre aquellos que en nombre del estado se encargaron de ceder las tierras del valle del Chubut y aquellos otros dispuestos a ocuparlas, cierto grado de consenso en relación a la percepción del territorio a colonizar, consenso que en términos de paisaje parecería girar en torno de la mencionada figura de desierto.

¹ Fernando Williams, “Jardines en el Desierto: espacio doméstico y apropiación del territorio en las primeras colonias agrícolas argentinas”, Seminarios IDEHAB, Facultad de Arquitectura, UNLP, diciembre 1999.

² El jardín como vía de entrada al estudio de las colonias agrícolas es sugerida por Graciela Silvestri, “Imaginarios paisajísticos en el litoral y el sur argentinos”, *Nueva Historia Argentina*, Tomo IV, Buenos Aires, 1999, p.258

³ Personajes claves en el diseño de las políticas territoriales e inmigratorias de la segunda mitad del siglo XIX como Félix Frías sostenían que el extranjero era “el agente vivo, el mejor conductor de la civilización”. Félix Frías, El Orden, Buenos Aires, 20 de enero de 1856. En *Escritos y Discursos de Félix Frías*, tomo II, Buenos Aires, 1884.

Aún cuando aceptáramos la existencia de este consenso, cabe preguntarse aquí si los significados asignados a ese desierto son equivalentes, sobre todo, advirtiendo que los sujetos que asignan dichos significados se inscriben en tramas culturales diferentes.

Para avanzar en la línea abierta por este interrogante nos valdremos aquí del concepto de “interpretive community” tal como es usado por Stanley Fish para referirse a comunidades que suponen formas particulares de leer ⁴. Desde nuestro interés por las representaciones territoriales cabe preguntarnos entonces como es procesada esta figura del desierto al interior de la colonia, dentro de una comunidad habilitada para interpretarla.

Planteamos aquí que, en relación con la Patagonia, sería posible hablar, no de uno, sino de diversos desiertos, de acuerdo a distintos significados proyectados por diferentes comunidades interpretativas. Esta hipótesis parte del examen crítico de dos cuestiones historiográficas básicas. La primera se relaciona con ciertas recurrencias propias de la historia de la apropiación y ocupación de la Patagonia. La segunda implica al vínculo entre los estudios sobre inmigración y la historia urbana y territorial. Estas dos cuestiones constituyen un punto de partida para este trabajo y determinan una consecuente toma de posición.

2. PLATAFORMA HISTORIOGRÁFICA

2.1 Historia de la Patagonia

Desde hace tiempo y desde distintas áreas de estudio se ha venido señalando la operatividad de la figura del desierto dentro del discurso que acompañó la apropiación y ocupación de la Pampa y la Patagonia por parte del estado argentino.

Entre los muchos argumentos de esta revisión podemos mencionar algunos que sobresalen: aquel que descubre la legitimación de la intervención implícita en el diagnóstico negativo que la figura del desierto trae aparejada o aquel otro que señala al desierto como operación textual de vaciamiento y consecuente legitimación de la ocupación posterior de los territorios en cuestión. A pesar del desplazamiento que estos argumentos implican, esta producción historiográfica no se ha basado en temas y fuentes muy diferentes de las que utilizó cierta historiografía consagratoria anterior, insistiendo así en el tratamiento de las campañas militares que aseguraron la pertenencia de la Pampa y la Patagonia al mapa de la Argentina, a partir de fuentes ya transitadas, en especial, los registros de las expediciones exploratorias inmediatamente previas y posteriores a las campañas militares.⁵ Esto incluye especialmente a una prolífica área de estudios recientes denominados “poscoloniales”, en el que se pone de relieve la hegemonía eurocéntrica implícita en la apropiación de los nuevos territorios y en la construcción de representaciones territoriales que legitiman esa acción de apropiación, trasladando los argumentos con los que se juzga a las potencias colonialistas hacia los estados nacionales criollos.⁶

⁴ Stanley Fish. *Is there a text in this class? The authority of interpretive communities*, Cambridge, Harvard University Press, 1980 p.1-17 citado por Chartier, op.cit. p.55.

⁵ Irina Podgorny señala a los viajeros mas transitados dentro este corpus: Darwin, Piedra Buena, Musters, Moreno, Moyano, Lista y Zeballos. Se trata de naturalistas ingleses, aspirantes a científicos y militares argentinos y su menu se compone de “la resolución de uno o varios problemas científicos, la detección de riquezas minerales y de vías de comunicación entre los Andes y la costa atlántica y la defensa de la grandeza y la integridad territorial argentinas ante las pretensiones de Chile”. Irina Podgorny, “La Patagonia como santuario natural de la ciencia finisecular” (inédito) p.2

⁶ Como ejemplos de este tipo de enfoque en nuestro medio pueden citarse: A. Fernández Bravo, *Literatura y Frontera*, Buenos Aires, 1994.

Debe reconocerse que en el proceso de apropiación y ocupación de estos territorios, el protagonismo del estado es ciertamente incontestable. De todas formas, es posible sostener que la historiografía relativamente reciente, aún en un tono típico de denuncia de las atrocidades cometidas por ese estado durante la conquista, no hace sino fortalecer una visión de la historia basada en las estrategias de apropiación desplegadas por dicho estado y sus agentes.

Por ello, no sería errado sostener que si se trata de la Patagonia, la historia de su apropiación material y simbólica es comunmente presentada en forma un tanto monolítica. Cabe preguntarse por ello cuales son las resistencias y resignificaciones dentro de este complejo proceso de apropiación. No es fácil encontrar resquicios en este bloque que largas décadas de quehacer historiográfico se han ocupado en consolidar.

Una posible vía de entrada es provista por un área de estudio que podríamos denominar “estudios sobre la frontera”, desarrollada en Argentina durante las últimas dos décadas. Dentro de esta área, se comenzó a cuestionar la existencia de la frontera como línea divisoria entre un mundo civilizado y otro bárbaro, propiciando en cambio una visión a partir de la cual la frontera mostraba un insospechado espesor espacial, temporal y social⁷. Aparecía así un territorio de bordes difusos y sistemas de dominación no formalizados o no contractuales; definido por préstamos y resignificaciones que daban cuenta de un espacio culturalmente móvil, híbrido e inestable.⁸

Es fundamentalmente a partir de la relectura de la literatura de viajes que fue posible revelar este espesor de la frontera en el que se desarrolla un mundo de múltiples intercambios. Los últimos estudios sobre literatura de viajes han planteado la necesidad de entender a la frontera mas desde sus propiedades conectivas que de aquellas relacionadas con la división. Es en virtud de estas propiedades que Mary Louise Pratt denomina “zona de contacto” a este espesor que identifica a partir de su análisis de una serie de relatos de viajes por África y América durante el siglo XIX. En esta zona de contacto, las relaciones entre colonizadores y colonizados o entre viajeros y visitados no se abordan en función de la separación “sino en términos de copresencia, de una trabazón de comprensión y prácticas, muchas veces dentro de relaciones de poder radicalmente asimétricas”⁹.

En esta línea de análisis pero mas cerca de nuestro caso de estudio, la consideración de aspectos económicos y comerciales de los indígenas ha llevado a develar situaciones de fecundo intercambio entre sujetos supuestamente separados por la línea fronteriza¹⁰. Estas nuevas conceptualizaciones sobre la frontera han probado ser útiles para pensar las relaciones entre indios y galeses en un espacio supuestamente ubicado “detrás” de la frontera¹¹.

⁷ El abandono de la acepción de frontera en tanto línea divisoria reconoce en el trabajo del norteamericano Frederick Jackson Turner un antecedente de peso. Desde su estudio de la expansión territorial norteamericana, Turner trabajó con la hipótesis de que este ambiente fronterizo influyó mas fuertemente a la sociedad, las instituciones y aún las representaciones de sus habitantes de lo que estos últimos influyeron sobre el territorio de la frontera.

⁸ Para la zona norpatagónica ver trabajos de Pedro Navarro Floria y Gabriela Nacach como por ejemplo: “Entre indios falsificados, novias raptadas, cautivos y traficantes de aguardiente: Guillermo Cox en el norte de la Patagonia, 1862-1863”. (2002) Inédito; “El recinto vedado. La frontera sur en 1870 según Lucio V. Mansilla”. (2004) Inédito.

⁹ Pratt, M.L., *Ojos imperiales, Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, 1997, p.27

¹⁰ Gavirati Marcelo, “Galeses y Tehuelches’: aspectos étnicos, políticos y económicos, poco conocidos de sus relaciones”, Primer Foro Internacional sobre los Galeses en la Patagonia, Puerto Madryn, 23 y 24 de octubre de 2002.

¹¹ Fernando Williams, “A lo ancho de la frontera: Indios y galeses en la expansión territorial argentina en la Patagonia. 1865-1884”. Inédito.

2.2. Inmigración e Historia del Territorio

Sostenemos aquí el estudio de las colonias agrícolas habitadas por inmigrantes pueden representar una vía de entrada alternativa para el estudio de la apropiación material y simbólica de la Patagonia durante el siglo XIX.

Dicho esto, cabe hacer una breve reflexión sobre el rol otorgado a los inmigrantes desde aquellos estudios que se ocupan de la historia urbana y territorial en el período correspondiente. Nos referimos a aquellos inmigrantes europeos que hicieron su aparición a partir del desarrollo de una política de colonización agrícola en el litoral argentino, incorporándose de manera activa a organismos oficiales a partir de la década de 1860¹². En general estos inmigrantes son tomados como individuos aislados cuya labor y posesión de ciertos conocimientos técnicos es funcional a los intereses del estado. Un gran número de ponencias presentadas en el seminario sobre inmigración organizado por el IAA en 2000, por ejemplo, suscriben a esta visión general¹³.

Aceptando que esa visión no es, después de todo, errada, cabe preguntarse, de todas formas, de que mirada eran portadores estos extranjeros, no ya como profesionales rentados por una serie de instituciones estatales que ellos mismos ayudaron a consolidar, sino como miembros de grupos o comunidades diferenciadas. Existe una historiografía relativamente reciente que ha ignorado, mayormente, la existencia de estas colonias como núcleos desde los cuales pudieron construirse representaciones del territorio que no fueron necesariamente coincidentes con las promovidas desde el estado. La tesis dentro de la cual se inserta el presente texto intenta demostrar que existieron, al menos en relación con la Patagonia, proyectos territoriales en competencia.

En definitiva, nos preguntamos aquí que otros universos de representaciones territoriales supusieron la existencia de colonias de inmigrantes relativamente autónomas? Encriptadas en idiomas desconocidos, que otras miradas fueron proyectadas sobre el territorio y a qué otras nominaciones dieron lugar? Y finalmente de que forma estas otras representaciones del territorio se articulan y diferencian con este universo más transitado asociado al estudio del corpus de viajeros a los que ya hicimos referencia. Será necesario embarcarse entonces en un juego de semejanzas y diferencias que en esta ocasión girará en torno a la figura del desierto. Será necesario también identificar ciertos cortes temporales que nos permitan historizar la construcción de esas representaciones.

¹² Alejo Peyret y Guillermo Wilken son dos ejemplos de los denominados “comisarios de colonias”. Habría que agregar a muchos otros en rubros tan variados como la topografía, la agronomía, la ingeniería o las ciencias naturales.

¹³ Seminario “La inmigración y su impacto en el territorio, el urbanismo y la arquitectura, argentina 1860-1930”, desarrollado en IAA-FADU-UBA en diciembre del 2000.

3. TEXTOS Y ENCUADRE

Determinada un área de interés en torno a las representaciones territoriales surgidas de los grupos que habitaron las colonias agrícolas en la Patagonia, particularmente la colonia galesa del Chubut, corresponde hacer referencia al material que interesará analizar en este trabajo.

Nos concentraremos en el estudio de la producción textual de la colonia galesa, seleccionando nueve textos cuyos autores fueron partícipes destacados de la fundación y consolidación del asentamiento colonizador en el valle del río Chubut. Se trata de textos originalmente escritos en idioma galés, entre 1862 y 1927, muchos de los cuales comenzaron a ser traducidos y publicados en idioma castellano a partir de la mitad del siglo XX.¹⁴ Mas allá de su idioma original y del contexto que unía a sus autores, estos textos conforman un corpus relativamente coherente en virtud de sus contenidos. Salvo dos, todos ellos recogen distintos sucesos de la historia de la colonia galesa, especialmente los ocurridos durante las primeras décadas de su existencia.

En cuanto a su género, su clasificación no resulta una tarea fácil ya que encontramos entre estos textos a un manual, dos crónicas, cinco memorias y un relato de viajes. Todos ellos, sin embargo, reconocen en la promoción de la colonia cierto horizonte de sentido. Esta es una de las razones por las que, a pesar de su heterogénea clasificación, hemos elegido aproximarnos a estos textos desde la literatura de viajes, hecho que a su vez nos habilita a tener en cuenta una prolífica producción reciente que a partir del estudio de este género ha sido capaz de señalar importantes cuestiones relativas a los procesos de apropiación del territorio y a la construcción de imaginarios paisajísticos.¹⁵

La importancia de dicha producción debe vincularse con una profunda renovación de las formas de hacer historia y de la manera en que esta última se ha acercado a los textos. El surgimiento de la denominada Historia Cultural ha significado la emergencia de una nueva idea de textualidad, definida ahora como un “sistema construido según categorías, esquemas de percepción y de apreciación, reglas de funcionamiento que nos llevan a las condiciones mismas de producción”¹⁶. La atención ha dejado de centrarse en los textos en sí mismos para desplazarse hacia las formas en que estos se producen, se materializan, circulan y son leídos e interpretados. En otras palabras, el interés se ha centrado en el “análisis de las prácticas que, diversamente, se apoderan de los bienes simbólicos produciendo usos y significaciones diferenciadas”¹⁷. Abordar un texto significa, por tanto, atender a una verdadera red intertextual en la que se inserta, implica “plantear su especificidad como texto situado en relación con otros textos cuyas reglas de organización y elaboración formal tienden a producir algo diferente de una descripción”¹⁸

Detenernos sobre estas consideraciones resulta pertinente no sólo por el hecho de que nuestro trabajo importa el análisis de textos escritos sino porque, en realidad, esta idea de textualidad tiene una estrecha relación con el concepto de “comunidades interpretativas” y por ende con nuestra indagación sobre las formas de apropiación simbólica de los territorios. En efecto,

¹⁴ Ver apéndice fuentes primarias. Para las notas a pié de páginas se utilizarán para cada texto de nuestro corpus las siglas correspondientes que aparecen detalladas en dicho apéndice.

¹⁵ Por razones de espacio no hemos incluido aquí la relativamente extensa caracterización de nuestro corpus y su vinculación con la literatura de viajes para la cual ha sido importante la lectura de la única antología de la producción literaria de la colonia escrita hasta hoy: R. Bryn Williams, *Rhyddiaith y Wladfa*, Wasg Gee, Dinbych, 1949.

¹⁶ Roger Chartier, op.cit., p.40

¹⁷ ibid. p.50

¹⁸ ibid. p.40

dicho concepto es deudor de la idea de “comunidades de lectura”¹⁹, implícita en el desarrollo de la mencionada redefinición de textualidad.

Es a partir de esta extensión de la idea de textualidad que se han producido transformaciones radicales en el quehacer de las ciencias sociales durante las últimas décadas. El antropólogo americano Clifford Geertz, por ejemplo, “propugna una lectura del quehacer humano como texto y de la acción simbólica como drama”. Su preocupación se centra en la interpretación de las culturas. Si la cultura es una trama de significación en las que el hombre se inserta, Geertz sostiene que el análisis de esa cultura no podrá llevarse a cabo por medio de una ciencia experimental en busca de leyes sino más bien con la ayuda de una ciencia interpretativa en busca de significaciones: “el análisis consiste en desentrañar las estructuras de significación y en determinar su campo social y su alcance”²⁰. En particular sintonía con Geertz pero desde la geografía cultural, James Duncan coloca en un lugar central a la “intertextualidad”, definiéndola como “la interacción no solo entre distintos textos y distintos tipos de textos sino también entre esos textos y las prácticas sociales que han sido textualizadas”²¹. Por esta vía, la ampliación de esta idea de textualidad ha cobrado importancia para los estudios del paisaje, propugnando una “lectura” del mismo y entendiéndolo como un sistema significativo. La relación imaginada que un texto construye con la realidad constituye así una vía de entrada a la indagación sobre las representaciones territoriales.

Revisar los ámbitos de producción, circulación y recepción de los textos ha sido clave en el descubrimiento de la velada productividad de los textos respecto de la conformación de representaciones colectivas. Benedict Anderson, por ejemplo, ha utilizado el concepto de comunidades de lectura para estudiar el surgimiento de las naciones y el nacionalismo²². En contra de toda definición escencialista, es preciso subrayar aquí que la historicidad constituye un aspecto insoslayable a la hora de pensar en el paisaje desde estas comunidades interpretativas. Acordamos aquí con Fitter en cuanto a que “la conciencia paisajística de cada cultura es históricamente distinta y subjetiva”²³. Fitter plantea al “cambio histórico como condición necesaria para la comprensión de la percepción humana del paisaje”²⁴. Es a partir de esta subjetividad histórica que el paisaje es leído por comunidades que la interpretan en base a diferentes horizontes de expectativa.

Intertextualidad, paisaje como sistema de signos y subjetividad histórica del paisaje confluyen en la conformación de una plataforma teórica desde la cual es posible plantear la existencia de varios “desiertos” de acuerdo a significaciones diferenciadas dotadas por distintas comunidades interpretativas.

Para resumir, diremos que a partir de analizar algunas cuestiones básicas relativas a la producción, recepción y circulación de los textos en cuestión y de ubicar a estos últimos respecto de otros textos referenciales, el presente trabajo se propone examinar de que forma se refracta la imagen de “desierto” en una serie de registros escritos por autores galeses involucrados en el asentamiento de la colonia del valle del Chubut, atendiendo a sus posibles articulaciones con los contenidos de la figura del desierto tal como han sido trabajados generalmente en la Argentina, en relación con la apropiación de la Patagonia.

¹⁹ Según Chartier, una historia de las formas de leer implica la identificación de “comunidades de lectura”. Roger Chartier, op.cit., p.51

²⁰ Clifford Geertz, *La Interpretación de las Culturas*, México, 1987

²¹ James Duncan, *Landscape as a signifying system. The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandy Kingdom*, Cambridge, p.22

²² Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, FCE, Buenos Aires, 1993

²³ Chris Fitter, *Poetry, Space and Landscape*, Cambridge, 1995, p.1

²⁴ ibid., p.8

Si bien el análisis aquí propuesto se restringe inicialmente a la sede literaria de las representaciones del territorio, animados, en parte, por las perspectivas abiertas por la extensión de la idea de textualidad hacia distintas esferas, no descartamos la posibilidad de trazar relaciones con otros aspectos íntimamente ligados a la ocupación y control del mismo durante el período en cuestión, desde la toponimia a la arquitectura.

4. ANÁLISIS

4.1. Proyecto y Promoción

Más arriba, comparamos al análisis que procuramos llevar adelante con un juego de semejanzas y diferencias. Como forma de abrir el juego, creemos pertinente comenzar por interrogarnos a qué imágenes se acudía en el siglo XIX para representar a la Patagonia. En otras palabras, cómo era vista la Patagonia a principios de la década de 1860, al momento de comenzar a organizar los galeses su viaje. Una larga tradición de relatos de viaje, desde Pigafetta a Darwin presentaban a la Patagonia como tierra yerma. Recordemos que a mediados del siglo XIX se encontraban ya ampliamente difundidas las expresiones “terra incognitae” o “tierra maldita” para referirse a la Patagonia. Bien conocido es el pasaje en el que Darwin describe las planicies patagónicas: “Ellas pueden ser solamente descritas por caracteres negativos, sin habitantes, sin agua, sin árboles, sin montañas, capaces de sostener apenas unas plantas enanas”²⁵.

Como bien ha demostrado Adolfo Prieto, los relatos de los viajeros ingleses constituyeron una referencia de primer orden para aquellos que como Sarmiento, construían desde una Argentina en formación, una visión propia del desierto²⁶. Sin embargo la caracterización negativa del desierto de Sarmiento es inescindible de su formulación de un programa político. En efecto, como sinónimo de barbarie, el desierto es caracterizado por Sarmiento como una maldición que reclama una acción en su contra. Tanto por su operatividad como por constituir, al mismo tiempo, uno de los mitos fundantes de la literatura argentina, la imagen sarmientina del desierto, tuvo un efecto de largo alcance, tanto en un sentido temporal como espacial. En el primer sentido y como bien se ha señalado las representaciones del territorio desplegadas por Sarmiento en el *Facundo* “sólo podrán ser combatidas invirtiéndolas pero nunca ignorándolas”²⁷. Espacialmente, la figura del desierto originalmente utilizada para caracterizar las planicies pampeanas y los llanos precordilleranos fue extendida sin demasiados inconvenientes hacia la Patagonia. Existen innumerables pruebas de la amplia circulación que en el tiempo y el espacio tuvo esta figura del desierto a partir de su postulación sarmientina. Al menos tres décadas después de la aparición del *Facundo* y en ocasión de organizarse la gran ofensiva militar que terminó con la aniquilación y el desplazamiento de los pueblos originales, Álvaro Barros, asentado en esa visión “programática” del desierto, sostenía que “suprimir los indios y las fronteras no implica en otros términos sino poblar el desierto”²⁸.

Si bien resulta obvio señalar que la representación de la Patagonia como desierto tenía connotaciones negativas, resulta menos obvio preguntarse si los textos de nuestro corpus presentaban a la Patagonia con ese fuerte signo negativo que caracterizaba la mayoría de las

²⁵ Charles Darwin, *Journal and Remarks 1832-1836. Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ship adventure and Beagle III*, Londres: H. Colbrun, 1839. Reimpreso. Nueva York AMS Press 1966. pp. 604-605 citado en Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996, p. 87

²⁶ Adolfo Prieto, op. cit.

²⁷ Graciela Silvestri, “Imaginarios paisajísticos en el litoral y el sur argentinos”, *Nueva Historia Argentina*, Tomo IV, Buenos Aires, 1999, p.222

²⁸ Alvaro Barros, *Indios, fronteras y seguridad interior*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1975, p.137

descripciones hasta 1865. ¿Era como desierto que los galeses se representaban el territorio donde planeaban asentarse, quince años antes de la finalización de la llamada “conquista del desierto”? ¿Y cómo es procesada esta imagen desértica de la Patagonia por aquellos que planeaban desde Gales y Estados Unidos fundar una colonia en el confín del mundo? Es altamente improbable que los organizadores del emprendimiento colonizador, conocieran el texto de Sarmiento pero conocían, en cambio, un número importante de relatos de viajes de distintas épocas que describieron con variable grado de detalle tanto a la Pampa como a la Patagonia. La mejor evidencia de ello es el *Llawlyfr y Wladychfa Gymreig* (Manual de la Colonia Galesa) que Hugh Hughes preparó en Gales en 1862, tres años antes del establecimiento de la colonia.

El Manual transcribe fragmentos de relatos sobre la Patagonia de 13 diferentes viajeros además de datos provistos por otras fuentes como atlas, enciclopedias y reportes varios. En su gran mayoría, las descripciones transcritas presentan a la Patagonia como un territorio de abundantes recursos y con grandes posibilidades para su colonización. En el registro del Capitán Merlotte, por ejemplo, quien había visitado la región entre 1713 y 1715, la Patagonia aparece como “la mejor parte de Sudamérica y el lugar mas ventajoso para establecer una colonia”²⁹. La accesibilidad del territorio se ve acentuada a partir de la transcripción de una serie de fragmentos que resaltan el carácter amistoso de los indios de la Patagonia. Para Fitz Roy son “los menos salvajes y mas pacíficos”³⁰ del continente; para el capitán Mayne Reed, “llamar crueles y salvajes a los indígenas patagónicos es una de las mas grandes injusticias”³¹. Se transcriben también aquellas descripciones que pudieran contribuir a hacer de la lejana Patagonia un territorio mas familiar. El mencionado capitán Merlotte declara que “nunca vi país mas parecido a Inglaterra que este”, especificando que a la altura del paralelo 43, latitud correspondiente a la del valle del río Chubut, “el país se asemeja mucho a Dorset y a las llanuras alrededor de Salisbury”³².

No es necesario aclarar que la selección que los editores del Manual hicieron de la literatura de viajes disponible fue, por lo menos, tendenciosa.³³ Valga agregar, además, que los fragmentos reproducidos y la información provista por el Manual referían a lugares tan distantes como el estrecho de Magallanes, la península Valdés y las costas del Paraná. Sin embargo, mas allá de la imagen auspiciosa resultante de la lectura de estos fragmentos, el autor del manual no puede dejar de reconocer las características negativas de la Patagonia asociadas fundamentalmente a su caracterización como desierto. De todos modos, resulta interesante la forma en que se reconoce en el Manual la existencia de esta difundida imagen del yermo. Hugh Hughes declara estar al tanto de “la idea general de que la Patagonia es un desierto vacío y horrible y que enjambres de bestias salvajes merodean sin cesar matando y destruyendo todo”.³⁴ Y continúa: “esa es la idea que se nos entrega en la escuela acerca de ese espacio blanco en el fondo del mapa de Sudamérica”. Pero Hughes invita al lector a recordar la forma en que son representados los propios galeses en las lecciones de historia y geografía de las escuelas, también como “enjambre de bárbaros” empujados hacia las montañas como medida de “protección”. Las historias fantasiosas destinadas a rellenar los lugares en blanco

²⁹ HH, p.24

³⁰ HH, p.32

³¹ HH, p.35

³² HH, p.24

³³ La mayoría de los estudios históricos relativamente recientes coinciden en que “las ventajas del valle del Chubut fueron exageradas, siendo el ambiente físico descrito en términos similares a los de Gales”, Glyn Williams, *The Welsh in Patagonia, The State and the Ethnic Community*, Cardiff, University of Wales Press, 1991, p.33. Ver también: Bill Jones, “Gales, la Patagonia y la emigración”, *Una frontera lejana. La colonización galesa del Chubut. Fotografías de John Murray Thomas, Henry Bowman, Carlos Foresti y otros. 1865-1935*. Fundación Antorchas, Buenos Aires, 2003.

³⁴ “anialwch gwag eρχyll”, HH, p.21

de los mapas de África y Australia son para Hughes extensibles a la Patagonia. Con estos argumentos Hughes llama a sus lectores a poner en duda y descreer de las imágenes negativas de la Patagonia que son presentadas así como prejuicios. El desafío de Hughes, representativo por un lado de la actitud disidente (*non-conformist*) en la que hunde sus raíces el proyecto mismo de la colonia galesa, no puede, por otra parte, dejar de considerarse en función del horizonte eminentemente promocional del texto en cuestión.

Este descreimiento de las atribuciones negativas del territorio patagónico junto con el horizonte promocional propio no sólo de este texto fundacional sino del resto de los textos aquí analizados, puede resultar una clave a la hora de explicar un problema de denominación estrechamente vinculado a la forma en que los distintos autores eligen presentar a la Patagonia. Salvo contadas excepciones, dichos autores evitan utilizar la palabra “anial” o “anialwch”, es decir “desierto”, para referirse a lo que hoy se denomina comúnmente “meseta patagónica”, prefiriendo en cambio la palabra “paith” que equivale a “pradera” o “amplia superficie de tierra de pastoreo carente de árboles”.³⁵

En los primeros textos publicados como el de Abraham Matthews, la palabra “paith” aparece en el relato ni bien los colonos dejan el lugar de desembarco para iniciar la travesía hacia el lugar planeado para el asentamiento.³⁶ “Paith” es utilizada también por William Meloch Hughes cuyo texto es publicado 33 años después del texto de Matthews. Eluned Morgan, en su relato del viaje hacia la cordillera, es la que mas frecuentemente utiliza el término, usando en su defecto el equivalente “peithdir”.

Dada la gravitación de los colonos galeses de Estados Unidos, tanto en el surgimiento de la idea de colonización galesa de la Patagonia como en el establecimiento de la propia colonia, podría argumentarse que pesa sobre el uso de esta denominación la influencia del medio norteamericano en el que la palabra “prairie” se usó para designar a las llanuras del Medio Oeste. Sin embargo, en el texto de Edwin Roberts, único autor norteamericano de nuestro corpus, la palabra “paith” no aparece ni para referirse a Norteamérica ni a la Patagonia. Es cierto que su obra se ocupa solamente de los prolegómenos de la fundación de la colonia y que, en consecuencia, son muy contadas las descripciones del territorio patagónico pero aún así, resulta difícil confirmar la filiación norteamericana del uso de este término.

Resulta menos arriesgado pensar que el amplio uso de “paith” se relaciona principalmente con la función netamente promocional de los registros aquí analizados y con la consecuente inconveniencia de la palabra “anialwch” (desierto) para referirse a los territorios descriptos.

Pero lo que interesa señalar aquí es la distancia que supone el uso de la palabra “paith” respecto de formas de denominar el mismo territorio en idioma castellano, generalmente mas cercanas a “desierto”, distancia que se hizo evidente al momento de traducirse varios de los textos en cuestión. En efecto, los traductores de nuestras obras se enfrentaron aquí a un problema y ninguno de ellos decidió traducir “paith” como pradera, encargándose, en cambio, de corregirlo para adecuarlo a las imágenes que en Argentina aparecen mas comúnmente asociadas a la Patagonia extra-andina. La traductora de “Hacia los Andes” traduce “paith” alternativamente como “campo”, “meseta”, “campana” y “desierto”. Si consideramos otras obras de nuestro corpus, este repertorio se amplía con palabras como “estepa” o “pampa”. Valga aclarar que la voz “paith” en los diccionarios galeses no contiene casi ninguna de estas últimas acepciones. Lo que parece evidente es que el uso de la palabra “paith” surgió una vez

³⁵ *Anialwch: Desert, Wilderness / Paith: Prairie* (darn maith o dir porfa heb ddim coed ynddo)
Y Geiriadur Mawr, The complete Welsh-English / English-Welsh Dictionary, Gomer, Llandybie, 1989.

³⁶ AM, p.18

que los galeses arribaron a la Patagonia ya que la misma no aparece ni en el texto principal del Manual de Hugh Hughes ni en los testimonios de los viajeros allí transcritos.

A esta altura es necesario recordar que toda nominación es producto de una construcción histórica que le asigna visiones y expectativas mas o menos precisas. Así, si el término “anialwch” con todas sus asociaciones no resultaba funcional a la promoción de la Patagonia como destino de emigración desplegada por los galeses en los textos analizados, el uso de la palabra “desierto” en un arco que va desde el sinónimo de barbarie en el Facundo hasta la denominada “conquista del desierto” e incluyendo los relatos de una serie de viajeros oficiales como Mansilla y Zeballos, no puede dejar de considerarse en relación con la construcción de un discurso legitimador de la intervención armada que aseguraría el control del territorio patagónico por parte del estado argentino. No es necesario aclarar, en este sentido, que esta forma de apropiación estaba lejos de figurar entre las alternativas de los galeses, aún teniendo en cuenta que la propia colonia del valle del Chubut constituyó un dispositivo de gran importancia dentro de las estrategias de apropiación de la Patagonia llevadas adelante por el propio estado nacional. Es cierto también que la no adhesión de los galeses a la vía armada se debe, en parte, a la ubicación de la colonia galesa por detrás de la “frontera” y a su excentricidad respecto de las áreas fronterizas mas conflictivas. Pero debe dejarse en claro que señalar la falta de adhesión de colonizadores inmigrantes a la lucha armada contra el indio, representante por excelencia del desierto que debía erradicarse, no constituye un hecho que deba darse por sentado. Durante la década de 1880 los colonos suizos y alemanes establecidos en el norte santafesino participaron en una guerra abierta con las tribus indígenas locales, aún cuando no existían allí destacamentos militares a los que pudieran unirse. Las colonias surgidas en esta área como Romang o Las Toscas –esta última fundada por Kaspar Kaufmann, “activo cazador de indios”- contaban con miradores y se hallaban rodeadas por altas empalizadas.³⁷ Ello permite al gobernador Nicasio Oroño asegurar que “a los colonos y no a la fuerza militar establecida en aquella provincia (Santa Fe) se debe la ocupación del desierto”. Y prosigue: “Las colonias California y Helvecia están situadas donde hace cuatro años tenían su residencia las tribus del desierto”³⁸. En su informe sobre la colonia Osorio enviado en 1872 al Ministro de Guerra, el general Manuel Obligado declara que la colonia, habitada por mas de tres cientos italianos, “está rodeada por tribus de indios Montaraces y Tobas y los colonos viven con el arma bajo el brazo dispuestos a rechazar todo ataque”³⁹. Ejemplos de la relación entre colonización agrícola y uso de la fuerza en el sometimiento de las tribus indígenas no son difíciles de encontrar en diferentes registros producidos durante las últimas décadas del siglo XIX. Se trataba de una práctica que reconocía su primer antecedente en el proyecto para la creación de una colonia escocesa en Buenos Aires aprobado por el gobierno de Martín Rodríguez en 1824 cuya octava cláusula establecía que “los colonos, para su seguridad personal, podrán formar una guardia militar”.⁴⁰ De la misma manera, el anteproyecto de contrato firmado por el ministro del Interior Dr. Guillermo Rawson y la Sociedad Emigratoria de Gales establecía en su artículo octavo que “los colonos estarán libres de toda contribución militar ya sea con sus personas o con sus bienes por el espacio de diez años, pero se comprometen a defenderse por sí solos contra los indios”⁴¹.

La excéntrica localización de la colonia galesa y su relativo aislamiento sirven también para comprender porqué los galeses prefirieron adherir a una visión amistosa sobre los indios

³⁷ Juan Schobinger, *Inmigración y colonización suizas en la República Argentina en el siglo XIX*, Instituto de cultura Suizo-Argentino, 1957. p.158-9

³⁸ Ver Gastón Gori, *La pampa sin gaucho*, Eudeba, Buenos Aires, 1986, p.18

³⁹ *ibid.*

⁴⁰ Roberto Schopflocher, *Historia de la colonización agrícola en Argentina*, Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955, p.26

⁴¹ Senado de la Nación, Diario de Sesiones, 27 de Agosto de 1863, citado por Clemente Dumrauf, *Historia de la Policía del Chubut*, Editorial Universitaria de la Patagonia, Comodoro Rivadavia, 1994, p.17.

patagónicos, la que se dedicaron a cultivar y difundir. Valga aclarar que, como bien lo demuestran los fragmentos reproducidos por el Manual, esta visión fue inicialmente recogida de los relatos de viajeros ingleses que en su gran mayoría no plantearon en forma explícita la eliminación de los indígenas como prerequisite del asentamiento en la Patagonia. Por el contrario, en sintonía con los intereses imperialistas sobre la región, los indígenas patagónicos fueron vistos por estos viajeros como “una comunidad anterior a los españoles, independiente y capaz de cuestionar, por el hecho mismo de su existencia, el derecho español a esas tierras”⁴². Si bien la actitud galesa hacia los habitantes originales de la Patagonia reconoce en estas visiones de los viajeros un antecedente de peso, será necesario, como veremos más adelante, tener en cuenta otras determinaciones que habiliten una mejor comprensión de dicha actitud.

El desierto hostil, entonces –y los indios de costumbres caníbales que supuestamente incluía– fue para los galeses el principal argumento de aquellos que desde Gales y desde Estados Unidos se oponían sistemáticamente a la colonia patagónica. A casi veinte años de fundado el establecimiento, Edwyn C. Roberts admitía que existían aún “fieros enemigos de la colonia que escriben cosas terribles sobre la idea de trasladarse a un país salvaje y bárbaro como la Patagonia”⁴³.

Hasta ahora, al posicionarnos en un momento previo al inicio de la colonización, nuestra indagación acerca de la circulación de la imagen de desierto aplicada a la Patagonia ha servido para demostrar la importancia del horizonte promocional. Pero, si bien es posible comprobar que este horizonte promocional es extensible a aquellos textos escritos luego de comenzada la colonización, cabe preguntarse ahora cómo es representada la Patagonia desde la experiencia misma de la llegada de los galeses a sus costas.

4.2. Entre la Experiencia y el Significado

El 28 de Julio de 1865 el velero *Mimosa* ancló en las aguas del Golfo Nuevo. Había zarpado de Liverpool sesenta y cuatro días antes con más de una centena y media de galeses a bordo. Según los textos analizados, se trató de un viaje sin mayores sobresaltos, caracterizado por el buen ánimo de los pasajeros. La presencia de tres pastores a bordo aseguró que no faltaran los periódicos servicios religiosos y los cantos. Existía, por lo demás, un ambiente de gran ansiedad y expectativa ante la perspectiva de descubrir una nueva tierra y de contemplar todas aquellas bondades atribuidas a la Patagonia con las que durante años se había promocionado la empresa colonizadora tanto en Gales como en Norteamérica. Durante el viaje, David Williams, uno de los futuros colonos, leía fragmentos de un ejemplar del Manual de la Colonia Galesa que le pertenecía y “describía el país al que íbamos como si fuera un paraíso terrenal” con “sus colinas cubiertas de bosques de toda clase y frutos”⁴⁴.

Sin embargo, la mañana en que el *Mimosa* entró a las aguas de la entonces llamada “New Bay”, gran parte de los pasajeros experimentaron una sensación de extrañeza. En el momento en que se gritó “tierra a la vista,” relata Thomas Jones, “una gran alegría llenó todos los pechos”⁴⁵. Pero mientras el *Mimosa* se adentraba en el golfo y la costa quedaba a la vista cundió cierta inquietud: “Mirábamos atentamente el interior de la Bahía y nos preguntábamos: ¿En dónde estarán los bosques de David Williams?”⁴⁶. “La tierra –observaba William

⁴² Ernesto Livon-Grosman, *Geografías imaginarias. El relato de viajes y la construcción del espacio patagónico*, Beatriz Viterbo, Rosario, 2003, p.27

⁴³ ER, p.50

⁴⁴ TJ, p.31

⁴⁵ *ibid.*

⁴⁶ TJ, p.31

Casnodyn Rhys- no se veía verde como la de Gales, sino marrón y árida, con escaso pasto grueso y matas achaparradas que se extendían en todas direcciones. (...) Los inmigrantes permanecían mudos delante del paisaje misterioso”⁴⁷.

Una vez en tierra y en medio del júbilo y excitación de la llegada, Lewis Jones, líder del emprendimiento, se dirigió al grupo en un discurso en el que repitió algunas de los argumentos favorables aparecidos ya en el Manual. Sin embargo, la disponibilidad de recursos y las posibilidades de explotarlos no estarían al alcance de los colonos por muchos años. “Es evidente –reflexionaba Thomas Jones- que los líderes estaban equivocados y naturalmente, en su entusiasmo y celo, estaban dispuestos a creer todo lo que fuera favorable para a colonia”⁴⁸. Resultó evidente también para la mayoría que entre las imágenes difundidas por el Manual y el panorama que se les presentaba existía una brecha difícil de soslayar. El aspecto de Puerto Madryn, como llamaron los galeses al lugar del desembarco, resultó para muchos una verdadera desilusión. “La primera impresión de la nueva tierra fue de esterilidad irremediable”⁴⁹. Abraham Matthews agrega que “no había allí ni valle, ni río, ni arroyo” y que la tierra, “arenosa y pedregosa”, estaba “cubierta de matas espinosas”⁵⁰.

El contingente permaneció a orillas del Golfo Nuevo por poco tiempo, ya que el destino final era el valle del río Chubut, distante a unos 70 kilómetros hacia el sur. Si todavía existían hasta entonces esperanzas de hallar “los bosques de David Williams”, las mismas desaparecieron por completo cuando los distintos grupos en los que se dividió el contingente iniciaron su marcha hacia el río Chubut, único cauce de agua de la región. En efecto, las vicisitudes del traslado mostraron a los colonos la rigurosidad de las condiciones del territorio. Los hombres, en distintos grupos, emprendieron la travesía a pié mientras que la mayoría de las mujeres y los niños fueron embarcados junto con gran parte de los víveres. Otra pequeña embarcación fue despachada con los víveres restantes. Para los que emprendieron el trayecto por tierra, el desconocimiento del monótono terreno significó que varios de los grupos se extraviaran en repetidas oportunidades, de manera que “en vez de llegar en dos días, estuvieron cerca de cuatro días perdidos en el campo”⁵¹ esta situación se vio agravada por la falta de agua, que puso a muchos al borde de la muerte. En cuanto al barco de las mujeres y los niños, los fuertes vientos le impidieron entrar al estuario del río Chubut, debiendo permanecer en alta mar por diecisiete días, período en que pasaron grandes privaciones y “uno o dos niños murieron”⁵². Durante esas dos semanas, los hombres que habían llegado al valle vivieron momentos difíciles tanto por la incertidumbre sobre la suerte corrida por sus respectivas familias como por la falta de víveres. Varios de ellos decidieron retornar a Puerto Madryn con el fin de obtener información sobre lo sucedido. Pero volvieron a perderse sin agua ni comida y solo volvieron con la noticia de que los víveres cargados en la segunda embarcación se habían perdido al estrellarse esta última contra las rocas de la costa.

Finalmente, casi tres semanas después de iniciar el traslado, todos los integrantes del grupo se reunieron a orillas del río Chubut, a unos pocos kilómetros de su desembocadura, dando origen a un núcleo poblado que llamaron Tre-Rawson, (pueblo de Rawson) en honor al por entonces ministro del Interior. No es necesario aclarar que, a esa altura, la imagen de la Patagonia que traían los galeses se había modificado sustancialmente. Si la imagen de desierto hostil había sido puesta en cuestión desde el Manual, los autores del resto de los textos dejan bien en claro que la región a colonizar era no solo un desierto sino que el mismo era suficientemente hostil

⁴⁷ WCR, p.34-5

⁴⁸ TJ, p.33

⁴⁹ WCR, p.39

⁵⁰ AM, p.25

⁵¹ AM, p.25

⁵² AM, p.27

como para poner en peligro la supervivencia humana. Así, si como señalamos anteriormente, la mayoría de los autores usa, en general, la palabra “paith”, los capítulos correspondientes a la llegada a la Patagonia son la excepción, apareciendo aquí en forma frecuente la palabra “anialwch” con todas sus connotaciones negativas. Al inicio de la travesía, Richard Jones anunciaba: “teníamos que cruzar decenas de millas de campo seco para alcanzar el valle donde pretendíamos establecernos”⁵³. Mas adelante, en el medio de la travesía, señalaba: “Considérese, por un momento cual era nuestra situación: en el medio del desierto, sin un bocado ni un sorbo de nada, y por lo tanto la muerte acechando en todas direcciones”⁵⁴. Otro de los autores, William Casnodyn Rhys, titula el primer capítulo de su texto con la frase: “Los Hermanos enfrentan el desierto”. El único en usar en esas circunstancias la palabra “paith” es Abraham Matthews, sin embargo, sus descripciones del terreno y el relato de las peripecias de la travesía no dejan dudas acerca del carácter desértico del territorio.

Pero la imagen del desierto hostil e improductivo no se limita al relato del traslado hacia el río Chubut sino que se extiende hacia delante hasta los primeros años de la década de 1870, período en que la colonia vivió en una situación de virtual aislamiento. Durante dicho período no hubo en la colonia representantes del gobierno argentino. Una comitiva encabezada por el Capitán Murga había sido enviada desde Patagones para entregar oficialmente las tierras a los galeses, hecho que ocurrió el 15 de septiembre de 1865 en un acto en el que se izó la bandera argentina. Pero Murga regresó a Patagones a los pocos días, permaneciendo por mas tiempo el agrimensor encargado de la mensura de las primeras chacras otorgadas a los colonos. Los textos analizados dan cuenta de la novedosa sensación de soledad experimentada por la mayoría de los galeses. “En esos días, -recuerda Thomas Jones- el Mimosa se volvió y nos poseyó un sentimiento extraño cuando nos dejó como peregrinos en el borde muy solitario de la Patagonia, sin saber que había mas allá”.⁵⁵ Esa sensación se profundizó durante los años subsiguiente al verse permanentemente postergada la posibilidad de que la colonia contara con una embarcación propia.

Al aislamiento se sumó el continuo fracaso de los cultivos. Debido a la falta de lluvias y al desconocimiento del terreno, el trigo que los colonos sembraron en los terrenos mas húmedos cercanos al río Chubut no prosperó, empeorando sensiblemente las perspectivas del grupo. Si pudieron subsistir fue gracias a la asistencia externa. En primer lugar gracias a la ayuda, que en forma de animales, semillas y otros víveres, era enviada periódicamente por el gobierno de Mitre. Pero también y muy especialmente, gracias a la relación con los Mapuches y Tehuelches con quienes se encontraron al año siguiente de haber llegado. A pesar del temor y la desconfianza de los primeros encuentros, la relación con los indios probó ser fructífera en mas de un sentido: en primer lugar por la oportunidad de comerciar con las tribus que visitaban regularmente la colonia⁵⁶ y en segundo lugar por la posibilidad de aprender de ellos sus técnicas de caza en campo abierto. El uso de las boleadoras y el empleo de los perros de caza permitió a los galeses ampliar la magra dieta de los primeros años con liebres, guanacos y huevos de ñandú. También constituyeron una gran ayuda la visita de dos naves de la marina británica: la Tritón en 1866 y la Cracker en 1871, cuyas tripulaciones hicieron a los colonos todo tipo de donaciones.

⁵³ En rigor de verdad, Richard Jones usa en el texto original en galés las palabras “anialwch sych” (desierto seco) RJ, p.35

⁵⁴ RJ, p.44

⁵⁵ TJ, p.44

⁵⁶ Todos los autores analizados dan cuenta de este fluido intercambio. Abraham Matthews, por ejemplo: “trocábamos plumas y pieles, elementos que nos servirían posteriormente para conseguir telas para vestir y artículos apropiados para comerciar con los indígenas”. AM, p.51

Con todo, la situación era de subsistencia, lo que sumado al aislamiento derivó en el temprano surgimiento de numerosos conflictos y tensiones entre los colonos. No es casual en este sentido que el capítulo dedicado a la llegada a la Patagonia en el libro de Lewis Jones se titule “Disensiones”. Allí Lewis Jones lamenta que luego de solo cuatro meses en la Patagonia “las angustias, afanes y pendencias se habían trenzado en una cuerda de facciones que fue un pesado flagelo para la colonia por largo tiempo”⁵⁷. De hecho, la visita de las naves inglesas mencionadas se produjo como consecuencia de las peticiones de un grupo de colonos disconformes, hecho que ocasionó un gran descontento entre algunos de los líderes de la colonia. En general, puede decirse que existía entre los colonos un clima de desilusión. “La región –admitía Richard Jones– resultó ser muy distinta de lo que creíamos antes de venir y esto nos decepcionó mucho”⁵⁸.

En 1867 las tensiones llegaron a tal punto que los colonos decidieron reunirse para discutir y organizar la relocalización de la colonia. Se analizaron allí distintos destinos posibles como Australia, Estados Unidos, y otras provincias argentinas.⁵⁹ Sin consenso general sobre dicho destino, los galeses dejaron el valle y se trasladaron a Puerto Madryn para volver a embarcarse desde allí en dirección a Patagones. Lewis Jones en camino desde Buenos Aires los encontró en el Río Negro y convenció a la mayoría de retornar al valle del Chubut a hacer un último intento. Los colonos restantes se dispersaron entre el valle inferior del Río Negro y la zona de Pájaro Blanco en el norte de la provincia de Santa Fé.

El reestablecimiento de la colonia con una cantidad de colonos menor que la del primer contingente resultó una tarea difícil. Del centenar y medio de personas llegadas originalmente, 44 habían abandonado el asentamiento y 16 habían fallecido, algunos perdidos en los alrededores del valle o ahogados en el río Chubut⁶⁰. Sin embargo, la colonia subsistió, no sólo gracias a la ayuda externa mencionada sino también debido a las posibilidades abiertas por el riego, ensayado exitosamente por primera vez en 1867, por el colono Aaron Jenkins. Pero no sería sino hasta varios años después que las cosechas dejarían un margen exportable. Ello se produjo recién en 1873 cuando se envió a Buenos Aires el primer cargamento de trigo. Ese mismo año se estableció también un vínculo comercial con las Islas Malvinas.

Es sólo en ese momento, a mediados de la década de 1870, que las perspectivas económicas de la colonia comienzan a cambiar, dando paso a una gradual integración de la colonia con el resto del mundo. Pero hasta entonces, los colonos vivieron aislados y atemorizados en medio de un territorio desconocido que era mayormente percibido como hostil. Eran “años de inquietudes, llenos de ansiedad en los que se confundían el miedo y la esperanza” recordaba Abraham Matthews⁶¹. Resulta elocuente respecto de la imagen que los galeses tenían del territorio durante esos primeros años, la versión del Himno galés que Robert Meirion Williams compuso al despedirse en 1867 de la Patagonia:

“Los hijos de Gomer pensaron seriamente⁶²
En establecer una colonia para los dignos galeses
En tierra de la Patagonia
Para mejorar al débil y enriquecer la tierra.

⁵⁷ LJ, p.64

⁵⁸ RJ, p.72

⁵⁹ TJ, p.78

⁶⁰ AM, p.48

⁶¹ AM, p.48

⁶² Como señala Fernando Coronato en su traducción del texto de Thomas Jones, el nombre de Gomer puede aludir a dos posibles referencias: “Puede tratarse de Gomer, la esposa del profeta Oseas cuyos hijos son mencionados en la Biblia por su dispersión en el desierto (Oseas 1). Por otro lado, Gomer aparece como epónimo del fundador del linaje de los Cymry (galeses) que algunos de los estudios, en los siglos XVIII y XIX vinculaban con los Ciméridos. TJ p.85

A pesar de arrojar las semillas y las plantas,
para que crecieran benéficas en la tierra,
no había en esta casi nada,
la sequedad devoradora, venenosa y viento
y se marchitó, no brotó como antes
(Coro)
País, país, improductivo es como país,
Infructuoso, árido, es todo destino del lugar,
Al norte, este y sur”⁶³

Queda claro hasta aquí que es el desierto la imagen que mas se acerca a la percepción que al menos durante la primera década tenían los galeses del territorio patagónico. Pero ¿de qué desierto se trataba y qué visión de si mismos construyeron los galeses en relación con ese marco desolador? Y por otro lado ¿qué referencias y qué valores se ponían en juego al momento de representar ese desierto?

Examinar los trabajos que han abordado el tema de la construcción del desierto desde la literatura de viajes nos permiten diferenciar distintos aspectos involucrados en dicha construcción e identificar los valores con los que ésta última ha sido generalmente asociado.

En primer lugar, y en un sentido general, se ha señalado que la operación de vaciamiento que trae aparejada la construcción del desierto apunta a generar una situación de disponibilidad de los territorios descriptos. Vaciamiento aparece asociado frecuentemente a una apertura y desproblematización del territorio por medio de la cual se crea una fantasía de accesibilidad sin límites que varios autores han visto como metáfora de la “libre circulación”, requisito fundamental para el surgimiento del mercantilismo.⁶⁴ En Latinoamérica, el tropo de la *disponibilité* reconoce en Humboldt y en su *Personal Narrative*⁶⁵ un referente de peso, no sólo para los viajeros ingleses que siguieron sus pasos durante las primeras décadas del siglo XIX, sino también para los escritores de las nacientes repúblicas hispanoamericanas como Sarmiento. Es en esta línea que Sarmiento caracteriza a la Argentina a partir de las grandes extensiones de un territorio que no duda en caracterizar como desierto.

La construcción sarmientina del desierto reviste especial interés por reflejar otras particularidades de la construcción ideológica del desierto. Nos referimos aquí a la valoración negativa del territorio como estrategia de legitimación de la intervención europea. M.L.Pratt vincula este tipo de descripción con una serie de viajeros ingleses que agrupa bajo la denominación de “vanguardia capitalista” cuya tarea ideológica consistía en “reinventar América como atrasada y descuidada, codificar sus paisajes y sociedades no capitalistas como evidentemente necesitados de la explotación racionalizada que llegaba con los europeos”⁶⁶ Tal como señala Pratt la valoración negativa no incumbe solamente a la geografía de los territorios descriptos sino también a las sociedades que allí habitan. Así, John Mawe, integrante de esta “vanguardia capitalista” podía señalar en su viaje por Brasil que “si bien la naturaleza ha sido pródiga en bendiciones, los habitantes se han mostrado negligentes para mejorarla”⁶⁷

⁶³ TJ, p.85

⁶⁴ Ver David Bunn, “Our Watted Cot. Mercantile and Domestic Space in Thomas Pringle’s African Landscapes, W.J.T. Mitchell (ed.) *Landscape and Power*, Chicago, 1994

⁶⁵ Alexander von Humboldt, *Personal Narrative of the Travel to the Equinoctial Regions of the New Continent*, 1814.

⁶⁶ M.L.Pratt, op.cit. p.268

⁶⁷ John Mawe, *Travels in the Interior of Brazil...*Filadelfia, M. Carey, 1816, p.32 citado por Pratt, op.cit. p.265.

Estas observaciones ayudan a comprender la visión sarmientina del desierto en tanto esta última no se limitaba a una operación de vaciamiento. Exactamente veinte años antes de la llegada de los galeses a la Patagonia, Sarmiento diagnosticaba: “el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas”.⁶⁸ Sarmiento, como Alexander Von Humboldt, cuatro décadas atrás, acentuaba la inmensidad: en las llanuras, en los bosques, en los ríos. Pero la excepcionalidad de Sarmiento, no radica en haber proyectado esta mirada sobre los territorios que pertenecían –a veces ni siquiera nominalmente- a una república en formación, sino en articularla con un programa político y económico concreto. Dicho de otro modo, Sarmiento fue capaz de dotar de significados específicos a formas de representación territorial que ya se hallaban ampliamente difundidas, no pudiéndose desconocer aquí la función de panfleto político aplicable a gran parte de “Civilización y Barbarie”. A través de la figura de Facundo Quiroga, la denuncia en contra de Rosas se traslada a la sociedad que promueve su régimen, una sociedad cuyo primitivismo es presentado en directa relación con el inmenso desierto.

Sarmiento adhiere a la práctica de vincular configuraciones físicas del terreno con determinados tipos humanos y sociales, práctica que se hallaba bien extendida entre los viajeros de su tiempo. Desde la convicción de que dichas configuraciones “engendran”⁶⁹ caracteres, hábitos e ideas Sarmiento presenta a las extensas llanuras en directa relación con las sociedades pastoriles y totalitarias que daban sustento.

Pero examinar la forma en que el desierto ha sido construido ideológicamente implica trascender algunos argumentos que durante los últimos años han sido principalmente sostenidos por los llamados Estudios Poscoloniales en su análisis de la literatura de viajes. “Vaciamiento”, “disponibilidad”, “accesibilidad”, “naturalización” son algunos de los términos que estos estudios utilizan para referirse a las estrategias legitimadoras de la expansión imperialista y colonialista europea, estrategias cuyo despliegue convierte a los viajeros-escritores en agentes de dicha expansión. La identificación de dichas estrategias constituye sin duda un punto de partida importante, de hecho, los mismos propósitos asociados a la operación de “vaciamiento” son, en buena medida, extensibles, como comprobaremos mas adelante, a los autores de nuestro corpus. Pero qué significados concretos posee el desierto como representación dentro del ámbito en el que esta última circula? ¿Cuáles son, en definitiva, sus contenidos?

Para profundizar el análisis de esta construcción del desierto tal vez sea necesario señalar algunas particularidades vinculadas a la sede estética y literaria de dicha construcción. Interesa aquí, al mismo tiempo, que el desierto como representación frecuentada por los autores de nuestro corpus pueda ser puesta en relación con la misma representación manejada por autores del mismo período.

4.3. Imágenes del Desierto

4.3.1. Arabia

Recordemos, entonces, que “la mirada paisajista (...) es siempre una mirada estética, en el sentido amplio de la palabra, que indica una conexión inescindible entre forma y *sentido*”⁷⁰. Por ello resulta válido echar mano a las categorías estéticas ligadas a la percepción del paisaje. Nuevamente, la obra de Humboldt constituye aquí una referencia ineludible. Las grandes extensiones americanas presentadas por Humboldt en clave sublime constituirán en

⁶⁸ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Emecé, Buenos Aires, 1999, p.39.

⁶⁹ *ibid.*

⁷⁰ Graciela Silvestri, Fernando Aliata, *El paisaje como cifra de armonía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001 p.10

las décadas posteriores un lugar común en los textos de otros viajeros y en las primeras obras de autores como Andrés Bello o Domingo F. Sarmiento. Al mismo tiempo, Adolfo Prieto ha demostrado de que manera tanto Echeverría como Sarmiento se valieron de las descripciones de algunos de los viajeros ingleses de las décadas de 1820 y 1830 quienes describieron la Pampa en relación con ciertos episodios –como el del matadero- que van a teñir la llanura de un tono sangriento y lúgubre ⁷¹. Esta inflexión típicamente romántica del paisaje sublime, en el que todo se torna amenazante, será adoptada y ajustada tanto por Echeverría como por Sarmiento en la construcción de una idea de desierto y de sus moradores.

Pero no interesa volver aquí a la función política de la construcción de ese desierto tan salvaje y amenazante como sus mismos moradores, sino atender a las posibilidades estéticas que su construcción suponía, tal como ya había sido advertido por el propio Sarmiento. El peligro del desierto que por un lado es necesario combatir se torna aquí en fascinación tanto por “las grandiosas escenas naturales” como por los tipos humanos que “engendra”. Entonces, el “horizonte incierto, vaporoso, indefinido” que induce a la contemplación y a la duda comunica a los habitantes de la planicie con una dimensión sublime de la existencia, con la soledad, el peligro, la muerte. Esta fascinación llevará a Sarmiento a detenerse en la exótica caracterización de los tipos humanos de las planicies: el “rastreador”, el “baqueano”, el “gaucho malo”, el “cantor”. De esta manera, puede decirse que si el uso del término “salvaje” se corresponde con la construcción del proyecto político, el término “exótico”, se corresponde, en cambio, con la construcción de un proyecto literario. Por ello asegura que “la poesía para despertarse necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible”⁷²

En la base de esta caracterización exótica del desierto y de sus habitantes se encuentra una trasposición con la que Sarmiento se endeuda nuevamente con la literatura de viajes. Adhiriendo a un difundido determinismo físico, Sarmiento adopta para las llanuras argentinas la visión romántica de las planicies de Oriente en las que escritores y viajeros europeos encontraron formas de vida reminiscentes de los núcleos primitivos de civilización. Ya los viajeros ingleses de las década de 1820 y 1830 dicen encontrar estas formas de vida entre los gauchos y los indios de las llanuras pampeanas.⁷³ Sarmiento, por su lado, encuentra “en los hábitos pastoriles de América, reproducidos hasta en los trajes el semblante grave y la hospitalidad árabes”⁷⁴. La referencia asiática se constituía, entonces, en garantía de “la vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham, que es la del beduino de hoy (y que) asoma en los campos argentinos”⁷⁵

No caben dudas que la aplicación de esta fórmula que iguala planicie y vida pastoril con sociedad totalitaria y despótica satisface también las necesidades planteadas por la construcción de un proyecto político que apunta a la erradicación de esa sociedad tradicional y bárbara en la que el gaucho es el beduino, el caudillo un Mahoma y la montonera argentina es comparable con las “hordas beduinas” de Argelia. Pero, por otro lado, es imposible desconocer que la referencia oriental tuvo importantes implicancias desde el punto de vista estético y literario. “Esta extensión de las llanuras –sostiene- imprime a la vida del interior, cierta tintura asiática que no deja de ser bien pronunciada”.⁷⁶ La “tintura” remite al tono exótico con que los gauchos en general y Facundo en particular fueron caracterizados por Sarmiento de la misma forma que los viajeros caracterizaban los coloridos personajes de sus

⁷¹ Adolfo Prieto, op.cit.

⁷² Domingo Faustino Sarmiento, op. cit. p.59

⁷³ Prieto, op. cit. p.22

⁷⁴ Domingo Faustino Sarmiento, op.cit p.59

⁷⁵ ibid. p.50

⁷⁶ ibid. p.44

relatos. A través de esta referencia oriental Sarmiento preparó una paleta de colores que serían reutilizados por la emergente literatura argentina en su afán por definir espacios y personajes propios.

Quizás resulte obvio señalar que los galeses que se embarcaron en el *Mimosa* no eran ajenos al exotismo que rodeaba a las formas en que se representaban Sudamérica en general y la Patagonia en particular. Y ello incluye no sólo las leyendas de la tierra de los gigantes sino las formas en que representaron ese territorio los viajeros del siglo XIX.

En las palabras con las que un aficionado a la poesía despide a sus sobrinos embarcados en el *Mimosa* puede hallarse una síntesis de lo que los galeses de ese momento imaginaban acerca de la Patagonia, a salvo, incluso, de los intentos de modificar esa imagen por parte del autor del *Manual*. Las palabras de despedida son reproducidas por William Casnodyn Rhys:

“Ya que no he podido disuadirlos de expatriarse a ese desierto salvaje y exótico, les deseo un feliz viaje y sin contratiempos, y mucho éxito en vuestro nuevo país. Si los indios llegaran a comerlos, todo lo que puedo desearles es una mala digestión”⁷⁷

Se trata sin duda de una versión romántica del desierto, una imagen cuya fuentes podrían buscarse tanto en la literatura de viajes como en la novela de aventuras. Una imagen, sin embargo, que contrasta con las que presentan los desembarcados en las costas patagónicas en el invierno de 1865: adelantemos que no existen en esas descripciones imágenes con el colorido suficiente como para ser consideradas exóticas y que los indios, por otra parte, no incurrieron en mayores transgresiones que robarles a los colonos algunos caballos.

Tampoco era desconocido para los galeses de mediados del siglo XIX el referente oriental para referirse a esa zona del planeta. William Casnodyn Rhys declara estar al tanto de que la Patagonia era conocida “como la Arabia de América del Sur”⁷⁸ y atribuye esta visión al propio Humboldt. En otra página de su texto nunca publicado en galés y con el objetivo de transmitir a sus lectores el grado de desconocimiento que los galeses tenían del nuevo territorio y de los misterios que este último representaba, acude a la imagen de la esfinge, titulado el capítulo que relata el traslado al valle del Chubut como “El encuentro con la esfinge del desierto”.

De todas formas, a pesar de que esta referencia oriental aplicada al desierto, que a mediados del siglo XIX unía a la Pampa con la Patagonia, era conocida por algunos de los autores de nuestro corpus, no es posible considerar que estos últimos la utilizaran de la misma manera en que fue utilizada por Sarmiento en el *Facundo*. En efecto, lo oriental en relación con el desierto patagónico adquiere en las obras de nuestro corpus otros significados; son otras las imágenes y los textos convocados y son otros los usos y las connotaciones de dicha convocatoria.

4.3.2. Egipto

Fundamentalmente, es otro el intertexto por medio del cual los galeses construyen su relación imaginada con el desierto que encuentran en la Patagonia: no se trata, a pesar de algunas referencias mencionadas hasta ahora, de los textos de los viajeros, mucho menos los textos de autores como Victor Hugo y otros románticos franceses que resultaron determinantes en la formación de la sensibilidad de Sarmiento. Una primera lectura de los textos que integran nuestro corpus no deja lugar a dudas de que es el relato bíblico el que media durante los primeros años del establecimiento de la colonia, la relación de los galeses con el territorio.

⁷⁷ WCR, p.29

⁷⁸ WCR, p.36-7

“Nos acordábamos de Juan Bautista (...) clamando en el desierto”⁷⁹ dice Richard Jones, en su relato sobre la desesperación por conseguir agua luego de varios días de marcha. Pero la Patagonia no es tanto el desierto de Juan Bautista sino el desierto del Antiguo Testamento en el que el pueblo de Dios es puesto a prueba en su marcha hacia la tierra prometida, una marcha en la que, a pesar de las dificultades, Dios se comunica con su pueblo, guiándolo y socorriéndolo a lo largo del camino. Por eso, la misteriosa aparición de un perro cazador que ayudó a los galeses a mitigar el hambre cazando guanacos y liebres no fue considerada sólo como un envío de la “Divina Providencia”⁸⁰ sino como “una inesperada caída de maná en el desierto”⁸¹. De esta manera, si para Sarmiento, el desierto de los confines sudamericanos puede ser visto como Arabia, para los galeses arribados en 1865 ese desierto será, en cambio, Egipto, según confirma Abraham Matthews en las páginas de su libro⁸².

En correspondencia con este relato referencial, el desierto no aparece entonces como un territorio exótico sino mas bien como el espacio de la prueba, mas específicamente, de la prueba de fe en Dios. Y en este sentido existe un sorprendente consenso de casi todos los textos en relación a este significado. Las pruebas del desierto aparecen aún como experiencias de conversión, como oportunidad de ponerse “al servicio de la gloria de Dios, por la maravillosa salvación que tuvimos”⁸³.

Esta imagen de la Patagonia parece tener un momento de consolidación en el primer servicio religioso celebrado en Tre-Rawson luego de reencontrarse allí todos los grupos que emprendieron la travesía desde Puerto Madryn. No es casual, en este sentido, que dicho culto sea recordado como un evento memorable por varios de los autores aquí analizados⁸⁴. El servicio religioso se llevó a cabo en un depósito de víveres recientemente construido, en el que bolsas de trigo, harina y arroz fueron acomodadas de manera tal que pudieran servir como asientos. El tema del sermón, a cargo de Abraham Matthews, fue “la experiencia de los hijos de Israel en el desierto”⁸⁵ y según Richard Jones, el pastor “predicó con tal fuerza e influencia que todos sentimos que Dios nos la enviaba”⁸⁶. Luego del sermón, “fervoroso y alentador”, y de las oraciones “conmoveras por el espíritu de gratitud que manifestaban”⁸⁷, la congregación entonó el himno “Diwedd y Daith” (final del viaje). El canto congregacional, parte importante de los cultos reformados galeses, estuvo, de acuerdo con los distintos autores, a la altura del sermón, no sólo en cuanto a su emotividad sino también en cuanto a su relación con el tema abordado por Matthews en el sermón⁸⁸. Significativamente, los autores que relatan este momento recuerdan del himno las siguientes frases:

O fryniau Caersalem ceir gweled

⁷⁹ RJ, p.39

⁸⁰ RJ, p.41

⁸¹ WCR, p.51

⁸² “...la Patagonia es un país seco semejante al Egipto”, AM, p.141

⁸³ RJ, p.46

⁸⁴ Se trata de Richard Jones, William Meloch Hughes y Williams Casnodyn Rhys. El hecho de que sólo Richard Jones, estuviera presente en ese culto resulta bien significativo ya que podría indicar que el acontecimiento fue lo suficientemente trascendente como para haber sido divulgado oralmente y permitir que los otros dos autores lo registraran en sus respectivos textos.

⁸⁵ WCR, p.61

⁸⁶ RJ, p.56

⁸⁷ WCR, p.61

⁸⁸ El canto coral, práctica estrechamente vinculada a la liturgia de las sectas protestantes galesas se corresponde con cierta acentuación de la emocionalidad que distingue a las sectas metodistas surgidas en el siglo XVIII de un primer calvinismo de carácter mas ascético. Puede afirmarse que, así como en Gales, en la colonia el canto coral tanto en el ámbito de las capillas como fuera de ellas cumplía con una función de cohesión social bien clara. Según Edwin C. Roberts, el canto comunitario era utilizado para “levantar el sentimiento galés” en las reuniones en las que se promocionaba la idea de una colonia galesa de la Patagonia, tanto en Gales como en Estados Unidos. ER p.22

*Holl daith yr anialwch i gyd*⁸⁹

Es decir:

“Desde las colinas de Jerusalén puede verse
toda la travesía del desierto”⁹⁰

Aquí, el desierto aparece en función de aquello que le da sentido al sacrificio de atravesarlo: Jerusalén o la tierra prometida. Podría decirse que “Final del viaje”, reconocido por William Meloch Hughes como “el himno de la esperanza mejor”⁹¹, habla de la posibilidad de una nueva vida, de un renacimiento, especialmente si recordamos que era frecuentemente utilizado como el himno de despedida a los muertos.

4.3.3. Nueva Jerusalén

Señalado ya por Graciela Silvestri, en uno de sus trabajos más recientes⁹², la Nueva Jerusalén como horizonte de sentido para la creación de la colonia Galesa en la Patagonia resulta en el contexto de este trabajo una imagen altamente productiva desde el punto de vista simbólico, en tanto no solo asigna valores al territorio colonizado y al propio proyecto de colonización sino que también provee a los colonos una imagen de sí mismos, en una definición cuyos contornos proyecta, a su vez, ideas sobre las formas de percibir a los otros. Como veremos más adelante, resultará clave en este sentido la idea de Naturaleza que esta imagen de la Nueva Jerusalén traiga aparejada. Estamos, en suma, frente a una verdadera matriz perceptiva que demuestra porqué los denominados “Landscape Studies” han concitado tanto interés durante los últimos años. Denis Cosgrove, reconocida figura de este nuevo ámbito de estudios, ha resumido la productividad de estas representaciones al definir al paisaje como una formación subjetiva que “representa la manera en que ciertas clases se han resignificado a sí mismas y a su mundo a través de su imaginada relación con la naturaleza y a través de la cual han subrayado y comunicado roles sociales para sí mismos y para los otros respecto de la naturaleza exterior.”⁹³

Comprender la significación de esta particular matriz representacional requiere revisar con cierto detenimiento el trasfondo religioso del movimiento colonizador, no sólo con relación a los hechos que demuestran la centralidad de la religión como móvil del emprendimiento sino también en relación con las ideas que comportaba el particular posicionamiento religioso de este grupo de galeses.

Un primer análisis de los prolegómenos de la colonia galesa en la Patagonia es suficiente para advertir el peso que tenían los móviles religiosos. Según uno de los autores de nuestro propio corpus, la religión estaba presente en la colonia más allá del patriotismo “de un modo inconsciente hasta para los mismos promotores”⁹⁴ En efecto, la filiación religiosa posee en el momento en que se planea la colonización una importancia mayor que la nacionalidad como núcleo de identificación común. Aquí, es necesario recordar que de acuerdo con la periodización de Hobsbawm, la nacionalidad como factor de identificación colectiva no se

⁸⁹ “Diwedd y Daith” es el himno número 632 en la edición de 1920 del *Caniedydd Cynulleidfaol Newydd* (Nuevo Cancionero Congregacionista).

⁹⁰ Para reproducir estas frases del himno, nos valemos aquí de la traducción de Fernando Coronato por preferirla a la del traductor del texto de William Casnodyn Rhys. RJ p.56 Para la traducción del resto del himno contamos con la desinteresada colaboración de la Profesora Nans Rowlands.

⁹¹ WMH, p.225

⁹² Graciela Silvestri, “Imaginarios paisajísticos en el litoral y el sur argentinos”, *Nueva Historia Argentina*, Tomo IV, Buenos Aires, 1999, p.258

⁹³ Denis Cosgrove, *Social Formation and Symbolic Landscape*, Londres, 1984, en W.J.T. Mitchell (ed.) op.cit.

p.66

⁹⁴ WMH, p.241

consolidó, en la forma en que se estabilizaría durante el siglo XX, sino hasta los últimos años del siglo XIX. Con anterioridad a esos años sólo es posible hablar de sentimientos de pertenencia colectivos como la lengua, la raza o la religión que Hobsbawm denomina “lazos protonacionales” y que, posteriormente, sirvieron como base de procesos de definición nacional. A la luz de estas observaciones, la religión cobra, en relación con nuestro caso de estudio, una particular relevancia, hecho que exige examinar las particularidades de la vida religiosa en Gales previo a la partida del contingente colonizador.

Al respecto es necesario señalar que hacia mediados del siglo XIX, las diferentes sectas disidentes que agrupaban ya masivamente a los galeses quedaron posicionadas en un lugar central del proceso de construcción identitaria que a partir del interés por el idioma galés se había iniciado tímidamente hacia mediados del siglo XVIII. Si hasta bien entrado el siglo XIX este movimiento había sido liderado por poetas y estudiosos de la mitología y las antigüedades, hacia mediados del mismo siglo importantes sucesos en la escena política darían como resultado un cambio sustancial en la manera en que esta emergente cultura nacional se definiría a sí misma. En un contexto caracterizado por los conflictos generados por la expansión de formas racionalizadas y capitalistas de producción agraria,⁹⁵ un episodio conflictivo resultante de la labor del parlamento londinense fue la oportunidad para que los grupos políticamente mas radicales vinculados a las mencionadas sectas disidentes dotaran a expresiones culturales preexistentes de contenidos políticos bien precisos. Se trató puntualmente del conflicto conocido en la historiografía galesa como “Treason of the Blue Books” (Traición de los Libros azules) generado por el informe de la Comisión Real que en 1847 recorrió Gales con el objetivo de evaluar el estado de la educación. Uno de los puntos mas controversiales del informe de los comisionados fue aquel en el que se atribuía el estado de atraso e inmoralidad al idioma galés y a las iglesias inconformistas. Los líderes de estas últimas capitalizaron la reacción en contra del informe haciendo que lo religioso y lo lingüístico fueran considerados de allí en adelante como valores inseparables.⁹⁶ De esa forma, el vacío político resultante de la inexistencia de organismos y elites oficiales dispuestas a encarnar valores culturales definidos como nacionales fue ocupado por las iglesias “inconformistas”, en especial la metodista⁹⁷. En oposición a la iglesia anglicana asociada con Inglaterra, surgió así la idea de una iglesia nacional cuyo éxito estuvo garantizado no solo por su posicionamiento político sino también por su articulación con la trama cultural que ayudó a construir, reubicándose en un lugar de mayor centralidad.

Como núcleo capitalizador y reproductor del nacionalismo galés, no resulta sorprendente entonces que este grupo de denominaciones religiosas fuera el ámbito en el que surgieran iniciativas tendientes a fundar una nueva Gales fuera de las islas británicas. Tampoco es extraño que los ministros de estas sectas fueran los principales promotores de estas ideas⁹⁸. El caso de la colonia galesa de la Patagonia no es una excepción: su ideólogo y principal impulsor fue el reverendo Michael D. Jones, pastor congregacionista y profesor del Colegio Congregacionista de Bala, en el norte de Gales. Los pastores y sus respectivas

⁹⁵ El estado de desobediencia civil y desorden en las zonas rurales de Gales e Inglaterra, dentro del cual encontramos expresiones políticas como el “chartism”, ha sido ampliamente estudiado durante las últimas décadas por historiadores como E.P. Thompson quien se ha ocupado de examinar la zona de fricción entre la expansión capitalista y un conjunto de prácticas y valores preexistentes que lo autorizan a hablar de cierta cultura plebeya. Se destacan, en este sentido, algunos trabajos como “La economía moral de la multitud” en los que analiza los denominados “motines de subsistencia” durante el siglo XVIII. E. P. Thompson, “La economía moral de la multitud”, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995.

⁹⁶ Prys Morgan, “From a Death to a View: The Hunt for the Welsh Past in the Romantic Period”, E. Hobsbawm, T. Ranger, *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983, pp.92-94

⁹⁷ Por inconformistas hacemos alusión a la palabra inglesa *non conformists* o *dissenters*.

⁹⁸ Valga aclarar que en relación con este último tema, existían antecedentes importantes ya que desde el siglo XVII, congregaciones enteras se habían trasladado hacia los Estados Unidos bajo la dirección de sus ministros.

congregaciones jugaron un rol fundamental en la gestación de la idea de una colonia galesa en un lugar fuera de la influencia asimiladora propia de áreas angloparlantes como Norteamérica. Para recorrer Gales y Estados Unidos los principales promotores de la colonia como Michael D. Jones, Edwyn Roberts y Lewis Jones, se sirvieron en forma frecuente de las redes formadas por pastores y capillas. Edwin Roberts, por ejemplo, en su cruzada por la colonización galesa “pudo depender de la hospitalidad de las casas pastorales para su alojamiento”⁹⁹. Como ya fuera mencionado, el contingente que se embarcó en el *Mimosa* en 1865 incluía a tres pastores de distintas denominaciones: Robert Meirion Williams (bautista), Lewis Humphreys y Abraham Matthews (ambos congregacionalistas). Mencionemos, por último, que el contexto de los denominados “revivals” religiosos del medio siglo anterior a la primera guerra mundial son también útiles para comprender el entusiasmo que lograron transmitir los predicadores de la colonización en la Patagonia.

En suma, la centralidad de la religión en la organización del emprendimiento colonizador resulta ciertamente incuestionable. Pero dicha centralidad debe interesarnos aquí en su directa relación con las representaciones territoriales que circularon entre los galeses de la Patagonia. Las capillas y sus respectivos pastores resultan aquí relevantes debido, no sólo a la clara función de inculcación de los sermones o al consenso promovido por determinados ritos colectivos propios del culto, sino por su inescindible vinculación con el mundo de los textos. Las capillas constituyeron, en efecto, un ámbito de primer orden en la circulación y producción de dichos textos. La importancia de las capillas se hace extensiva al pastor como agente por excelencia de dicha circulación.

Ya en Gales y desde mediados del siglo XVIII, la capilla venía convirtiéndose en el principal dispositivo alfabetizador, reencauzando el uso del idioma galés hacia los estudios bíblicos y el canto congregacional.¹⁰⁰ Su influencia se hizo sentir también a nivel de las prácticas literarias, incluso en los *Eisteddfod* en cuyas competencias comenzaron a establecerse temáticas religiosas. Puede decirse que la mitología nacional incluyó así a la religión.

En el caso de la colonia galesa la importancia aparece claramente acentuada, en especial durante los primeros años en que la capilla monopolizó la vida no sólo religiosa sino también social y cultural de los colonos. La importancia de la capilla se extenderá, de todas formas, hasta bien entrado el siglo XX, constituyendo el centro de interacción por excelencia para la vida social de la colonia y gravitando también sobre la educación de la misma. Con una población que apenas alcanzaba los 3.000 habitantes hacia fines del siglo XIX, el valle del Chubut llegó a contar con 15 capillas funcionando en forma simultánea. (**Fig. 1. Mapa del valle del Chubut y ubicación de las capillas**) Originalmente, muchas de ellas, cumplieron la función de escuela, especialmente aquellas ubicadas en el área rural. Por ello, no resulta sorprendente que la Biblia haya sido considerada como una especie de primer libro de texto¹⁰¹.

Una primer mirada al consumo de textos de la colonia sirve también para confirmar la centralidad de la religión. Un escrito de Michael D. Jones, ya mencionado como uno de los organizadores del emprendimiento colonizador, permite conocer el contenido del primer envío de libros que incluía: 100 Biblias, 2 ejemplares de “El libro de los Celtas” de De Gaulle

⁹⁹ LJ, p.54

¹⁰⁰ “El proletariado fue enseñado a leer y escribir en su lengua nativa en las Escuelas Dominicales”, Glyn Williams, *The Welsh in Patagonia, The State and the Ethnic Community*, Cardiff, University of Wales Press, 1991, p.93.

¹⁰¹ Al recordar su primer año en la escuela hacia fines de la década de 1870, Eluned Morgan declara: “no teníamos ni un solo libro con la excepción de la Biblia”. RBW, *Eluned Morgan, Bywgraffiad a Detholiad*, Llandysul, 1948, p.14.

(que incluía un capítulo sobre la colonia), tratados religiosos en inglés, tres ejemplares del libro del pastor Daniel Evans, libros para la Escuela Dominical escritos por William Roberts y 50 Nuevos Testamentos enviados por la Sociedad Bíblica Metodista-Calvinista de Liverpool.¹⁰² Ya que el propio Michael Jones era pastor puede argumentarse que la temática mayormente religiosa de los items enviados se relaciona con el perfil de quien registra este envío. Sin embargo, al menos la mitad de los libros mencionados en los avisos comerciales de los librerías de Trelew publicados 30 años después corresponden también a temáticas religiosas. La proporción es mayor si tenemos en cuenta los avisos del pastor Abraham Matthews que a esta altura se desempeñaba también como librero. De manera que Biblias, himnarios y tratados religiosos eran los artículos mas frecuentes de los envíos de libros efectuados desde Gales.¹⁰³

La religión como marco en el que se produce no sólo la circulación sino también la producción de textos incluye también a los textos de nuestro corpus. Exceptuando el Manual, de los siete textos analizados, dos de ellos fueron escritos por pastores y un tercero fue escrito por un predicador.

No resulta sorprendente en este contexto que el relato bíblico haya monopolizado tan fuertemente la relación de los galeses con el nuevo medio patagónico y con los sucesos acaecidos desde su llegada. Los textos de nuestro corpus demuestran como diferentes episodios son constantemente referenciados al relato bíblico, pudiéndose encontrar numerosos ejemplos de esta operación. Al intentar los colonos reparar un barco que contribuiría a disminuir el aislamiento de la colonia, Lewis Jones declara que “se tuvo idea de las dificultades de Noé al hacer el arca en la que salvaría a su familia”¹⁰⁴ En la crónica de Richard Jones, es posible encontrar un ejemplo inédito de la importancia del relato bíblico como medio por el cual los galeses se acercaron a la identificación y percepción de nuevos territorios: al hablar de las posibles localizaciones para la colonia galesa sobre las que se especularon durante la primera mitad del siglo XIX, Jones convierte a la Biblia en libro de geografía al referirse a Palestina como Canaán.¹⁰⁵

No es necesario aclarar que, en el contexto de la expansión ultramarina europea de los siglos XVIII y XIX, los galeses de la Patagonia no fueron los únicos en proyectar el relato bíblico sobre los nuevos territorios. Roxanne Wheeler en su estudio de los textos de los viajeros ingleses en África señala que “la Biblia y la literatura clásica constituyeron dos duraderas y decisivas matrices referenciales para la percepción de África”, aún cuando casi toda la información de primera mano sobre las sociedades encontradas provenía de viajeros de sexo masculino y de tripulaciones y doctores asociados al negocio de los esclavos, es decir sujetos cuya acción tenía un motivo mayormente utilitario.¹⁰⁶ En su ya mencionado trabajo sobre la ocupación británica del sur de África, David Bunn repasa en la importancia de la Biblia como principal intertexto que permite “adaptar un paisaje extraño a una matriz descriptiva con la que una amplia audiencia se encuentra ya familiarizada”.¹⁰⁷ El mismo E.P. Thompson, al analizar, en el marco del avance de la concepción de propiedad privada aplicada a la tierra, las

¹⁰² Manuscrito BMS 78629, p.70, citado en nota del traductor (Fernando Coronato). Richard Jones, op.cit.p.95.

¹⁰³ Las páginas de *Y Drafod*, principal periódico en galés de la colonia, muestran que durante la década de 1890 existían en Trelew al menos tres personas dedicadas a la venta de libros y otras publicaciones en galés: Ellis Thurtell, Abraham Matthews y J. Evan Jones.

¹⁰⁴ LJ, p.65

¹⁰⁵ “Uno opinaba que el mejor lugar era Australia, ‘No –decía otro- Córdoba (Argentina) es el lugar’ y un tercero insistía en que Canaan era mas conveniente”, RJ p.20

¹⁰⁶ Roxann Wheeler, “Limited Visions of Africa, Geographies of savagery and civility in early eighteenth century narratives”, James Duncan, Derek Gregory, (ed.) *Writes of passage. Reading travel writing*, London, 1999. p.19

¹⁰⁷ David, Bunn, op.cit., p.144.

distintas estrategias por las que se legitimaba la ocupación de otras regiones del planeta por parte de los europeos, señala que “los colonos puritanos estaban preparados para moralizar su apropiación de las tierras haciendo referencia a los mandamientos de Dios en ‘Génesis, 1:28: ‘llenad la tierra y sojuzgadla’ ”¹⁰⁸

Esto es también aplicable a las obras de nuestro corpus en función de la naturalización de la presencia galesa en la Patagonia, tema que he abordado en trabajos anteriores¹⁰⁹. De todas formas y como ya señalamos, nos interesa aquí trascender el tono de denuncia que acompaña a la identificación de la matriz bíblica como instrumento de naturalización de la presencia europea en otros continentes, para intentar descifrar los posibles significados que esas representaciones tenían para un grupo de sujetos capaces de producirlas e interpretarlas. Y, en ese sentido, podríamos afirmar que en la proyección de determinadas visiones sobre el territorio, el relato bíblico no constituye mas que una lente y que tras de ella existe una fuente capaz de acercarnos a determinadas visiones del mundo. Aquí acordamos con Fitter en que “la conciencia histórica de cada cultura es históricamente diferenciada y subjetiva”¹¹⁰ y que se impone, en función de ello, abordarla dentro de ese marco.

Pero habilitar la interpretación de esas representaciones significa examinar un sustrato mas profundo que implica, como dijéramos mas arriba, estudiar, al menos en sus líneas generales, el trasfondo religioso capaz de dotar de sentido a estas imágenes. En otras palabras, “para comprender la forma representacional, debemos entrar en contacto con una totalidad que asigna significados diferenciados al fragmento figurativo”¹¹¹.

4.4. Desierto y Pueblo Elegido

El examen de este sustrato de significación requiere que abandonemos por un momento los textos de nuestro corpus y la Biblia misma. Como sostiene Fitter al hablar de las composiciones poéticas del pasado: “para reconstruir la conciencia paisajística (...) debemos trasponer los límites del texto e intentar reconstruir su habilitante mundo cognitivo”¹¹².

Con este desplazamiento, nos proponemos explicar por que, en relación con esta difundida imagen del desierto, los galeses como grupo solían percibirse a sí mismos como “hijos de Abraham”¹¹³ o bien directamente como “Israel”¹¹⁴. Cabe preguntarse al mismo tiempo porque la Patagonia es insistentemente percibida como Canaán, como el desierto del Antiguo Testamento y no como otros desiertos memorables de la Biblia tales como el desierto por donde clamaba Juan Bautista, al que ya hicimos referencia, o el desierto por el que Jesucristo deambuló durante cuarenta días. Todos estos desiertos bíblicos simbolizan pruebas de fe pero cada uno de ellos contiene significados diferenciados. Hasta ahora habíamos señalado que la referencia al desierto del Antiguo Testamento cumplía con la función de convertir a aquellos que atravesaban ese desierto en busca de la tierra de promisión en el pueblo elegido de Dios.

¹⁰⁸ E. P. Thompson, “Tiempo, Disciplina de Trabajo y Capitalismo Industrial”, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995, op.cit., p.191

¹⁰⁹ Fernando Williams, “La escritura del paisaje: Notas sobre literatura de promoción territorial en las colonias agrícolas argentinas hacia fines del siglo XIX”, Edición nro. 108 del Seminario “Crítica” del Instituto de Arte Americano, FADU-UBA Buenos Aires, 28 de Julio de 2000; Fernando Williams, “Paisaje y literatura de viajes en la colonia galesa de la Patagonia”, III Jornadas Interdisciplinarias “Formas y Representaciones del Territorio y la Ciudad”, FFYL-UBA, 6 y7 de Septiembre de 2002.

¹¹⁰ “the landscape consciousness of every culture is historically distinct and subjective”, Crhis Fitter, op.cit., p.1

¹¹¹ “to comprehend representational form, we must try to grasp the assumed whole which assigns determinate meaning to the figurative part”, Fitter, op.cit. p.1

¹¹² “in order to reconstruct the landscape consciousness of an earlier poet we must outstep the limits of the text and endeavour to reconstruct its enabling cognitive world”, Fitter, op.cit. p.1

¹¹³ WMH, p.38

¹¹⁴ RJ, p.92

Sin embargo, esta resulta una explicación simplificadora que poco nos informa acerca de las razones que determinaron la adopción de esta identificación colectiva en relación con la figura del desierto. La identificación con el pueblo de Israel solo puede ser explicada a partir de ciertas consideraciones teológicas relativas al surgimiento del protestantismo en general y a sus derivaciones en el mundo británico durante los siglos XVII y XVIII.

En el centro de estas consideraciones se encuentra el parte aguas que significaron dentro de todo el movimiento reformado las ideas de Calvino, particularmente, el denominado dogma de la predestinación que durante los siglos XVI y XVII ocupó un lugar central en las discusiones teológicas que se desarrollaron en Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña. Aquellos que adherían a este dogma sostenían que la salvación de los hombres había sido determinada por Dios de antemano. De esta manera la llamada “universalidad de la gracia”, supuestamente garantizada por la sola creencia en Cristo, se vio reemplazada por el denominado “particularismo de la gracia”. El dogma de la predestinación fue inicialmente defendido por Calvino y sus seguidores y su difusión e impacto en los países mencionados se cristalizó en dos importantes convenciones religiosas del siglo XVII en las que se discutieron sus implicancias dogmáticas y litúrgicas: los sínodos de Dordrecht y Westminster. Fue en este último sínodo, celebrado en 1647, en el que se sentaron las bases del dogma de la predestinación a partir de la publicación de la “Westminster confession”. Encontramos aquí un conjunto de definiciones fundamentales. “Para revelar su majestad, -reza el capítulo 3- Dios por su decreto ha destinado a unos hombres a la vida eterna y sentenciado a otros a la eterna muerte”. Y en el capítulo 5 leemos: “aquellos hombres que están destinados a la vida han sido elegidos en Cristo para la gloria eterna por Dios, antes de la creación, por su designio eterno e inmutable, su decreto secreto y el arbitrio de su voluntad...”¹¹⁵

Las ideas calvinistas tuvieron un fuerte impacto en Inglaterra, Escocia y Gales dando lugar al surgimiento de un número importante de nuevos movimientos religiosos entre los que encontramos al Pietismo, al Metodismo y a las denominadas Sectas Bautizantes. En Gran Bretaña este movimiento ascético, también conocido como puritanismo, atacó las bases del Anglicanismo, expresión de la iglesia oficial o “Established Church”. El propio impulso sectario que dio origen a varias de estas denominaciones tiene una estrecha relación con el dogma de la predestinación en tanto se basaba en la intención de separar a los cristianos puros o elegidos de los condenados.

Fue en la Biblia, más precisamente en el Antiguo Testamento, donde se encontró una fundamentación para esta conducta ascética. Así, la palabra de Dios, mediante la referencia al Antiguo Testamento, se convirtió nuevamente en Ley, definiendo el contenido eminentemente moral de la prédica de las nuevas denominaciones protestantes. En tanto Ley, las sagradas escrituras constituyeron una referencia ejemplificadora constante en la vida de los fieles. En esta verdadera “bibliocracia”, característica del Calvinismo y de otras sectas ascéticas, “el Antiguo Testamento poseía la misma dignidad que el Nuevo”¹¹⁶. Si Lutero había predicado la emancipación de servir de acuerdo con la Ley, a partir de la creencia en la salvación por Cristo, en “la actitud vital del calvinista se nota el influjo de la filosofía hebraica, tan sobria y tan empapada a la par del sentimiento de lo divino, cristalizada en los libros más leídos por los puritanos: las sentencias de Salomón y muchos de los Salmos, en los que podemos advertir un marcado carácter racional”¹¹⁷. Por ello, Bailey, uno de los principales escritores puritanos de Inglaterra, sostenía en su “Praxis Pietatis” que “debemos obrar en la vida como si nadie más que Moisés hubiese de mandarnos”. Debido a este referenciamiento constante al Antiguo Testamento y en virtud de su sentido fundamentalmente ético, el puritanismo inglés

¹¹⁵ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1999, p.118-119

¹¹⁶ *ibid.* p.158

¹¹⁷ *ibid.* p.158

fue llamado “English Hebraism” por parte de los escritores de la época ¹¹⁸. Se trata de un calificativo extensible a Gales y de allí a la colonia patagónica, en donde no resulta difícil encontrar rastros de este matiz hebraico. Los nombres de algunos de los primeros colonos son un claro ejemplo: Abraham, Aaron, Rachel, Joshua. También la adopción de nombres hebreos para las capillas y que puede reconocerse en el valle de Chubut en templos como Bethel, Sion, Nazareth, Salem y Bethesda. **(FIG. 2. Capilla Bethel, Gaiman)** Ya a mediados del siglo XIX, esta última práctica era muy difundida en Gales donde, a menudo, los nombres de las capillas eran representativos de las características del sitio en el que se construían a partir de cierto significado atribuido a cada nombre hebreo. Incluso el nombre Salem, equivalente de Jerusalén, fue galesizado como Caersalem ¹¹⁹. No caben dudas que en la construcción de la nueva Jerusalén, existió cierto grado de transposición y resignificación del espacio del Antiguo Testamento a los ámbitos geográficos en los que habitaban los puritanos. Un investigador galés contemporáneo señala, en un estudio reciente, que en las denominadas Escuelas Dominicales era posible encontrar mapas de Gales superpuestos al de “Tierra Santa” ¹²⁰. Por ello, no resulta extraño que Palestina haya figurado, junto con la Patagonia y Australia, entre los posibles destinos de emigración para los galeses. En la década de 1850, Palestina era una de las alternativas más firmes para aquellos que bregaban por la creación de una colonia lejos de Gran Bretaña y Estados Unidos. El propio Lewis Jones al revisar el surgimiento de la idea de la colonia galesa, menciona algunos de los principales partidarios de la colonización palestina como John Mills, misionero galés entre los judíos de Londres, quien publicó en el periódico *Y Faner* una carta “en la cual recomendaba al país de Canaán como lugar adecuado para la colonia galesa” ¹²¹.

La adopción del dogma de la predestinación y la consecuente fundamentación provista por el Antiguo Testamento sirven entonces para comprender porque “la antigua creencia de ser el pueblo elegido por Dios experimentó entre los puritanos un grandioso renacimiento” ¹²² y porque, en consecuencia, los autores de nuestro corpus se refieren al grupo del que formaban parte como “hijos de Abraham” ¹²³ o directamente como “Israel” ¹²⁴.

Weber remarca “la gran importancia que para el carácter social del cristianismo reformado tuvo la idea calvinista de que la pertenencia a una comunidad ordenada de acuerdo a los preceptos divinos era necesaria para la salvación, derivada del requisito de la ‘incorporación en el cuerpo de Cristo’” ¹²⁵. La existencia de tales comunidades comportaba una actitud de auto segregación cuyo mejor ejemplo dentro del movimiento ascético son las denominadas sectas bautizantes como los bautistas, cuáqueros y menonitas quienes en su aspiración a conformar comunidades puras proponían un estricto alejamiento del mundo. Baxter, uno de los escritores religiosos de mayor difusión y autor del *Christian Directory* –uno de los compendios de moral puritana más conocidos en el mundo angloparlante- agradecía haber nacido en Inglaterra en el seno de la verdadera iglesia. Su expresión “Bless God that we are not of the many” resulta elocuente respecto de la creencia en la necesidad de separar salvos de condenados ¹²⁶. Estas observaciones resultan sugerentes como un nuevo ángulo desde donde pensar a la colonia galesa y a la particular ubicación geográfica elegida para establecerla. Al

¹¹⁸ ibid. .p.230

¹¹⁹ En Gales, “caer” es uno de los más elementos toponímicos más frecuentes y su significado es equivalente al de “castro” o fuerte romano que encontramos en nombres como Caerdydd (Cardiff), Caernarfon (Caernavon), Caer (Chester) o Caergrawnt (Cambridge).

¹²⁰ Anthony Jones, *Welsh Chapels*, Worcester, 1996, p.101

¹²¹ LJ, p.42

¹²² Max Weber, op.cit.,p.231

¹²³ WMH, p.38

¹²⁴ RJ, p.92

¹²⁵ Max Weber, op.cit., p.129

¹²⁶ Max Weber, op.cit., p.156

mismo tiempo y como veremos mas adelante, esta actitud que limita fuertemente a la propia comunidad y a los términos en que se percibe a si misma, arroja a contraluz la imagen proyectada sobre aquellos que no estaban incluidos dentro de esos límites.

4.4.1. Predestinación y Diáspora

Debe señalarse que esta identificación de los galeses con el pueblo de Israel excedía el marco del relato bíblico para convertirse en argumento de un proyecto de reconstrucción nacionalista. Por eso la afirmación de Edwyn Roberts en el sentido de que los galeses son como los “judíos, diseminados sobre la faz de la tierra”¹²⁷ debe ser visto en relación con la idea de una diáspora galesa y a su difusión hacia mediados del siglo XIX, idea que ayuda a explicar el surgimiento mismo del proyecto de la colonia galesa en al Patagonia.

En el prólogo de su “Nueva Gales en Sudamérica”, Lewis Jones precisa quienes eran sus enunciarios y al hacerlo deja bien claro hasta que punto la idea de “tierra prometida” en el sentido bíblico resulta inseparable de su proyecto de promoción territorial. Vale la pena citar aquí esas primeras líneas en las que Lewis Jones señala que su obra va dirigida:

“Primero, a los hijos de la Colonia Galesa; segundo, a la multitud que en Norteamérica y Gales siguió con profundo interés el movimiento colonizador y tercero a los miles de galeses dispersos por el mundo, cuyos corazones añoran el viejo vínculo social galés, para decirles –como dijera a los israelitas los profetas de Esdras y Nehemías- de una región desocupada que pueden llenar con su gente, donde tendrán espacio vital para desplegar sus mejores recursos, lo que a su vez alentará a la colonia a ‘obrar su propia salvación’ “¹²⁸

La diáspora como diagnóstico y punto de partida explica el énfasis permanente en el carácter puro, nuevo y aislado del asentamiento a ser fundado. No es difícil encontrar ecos de estas ideas que vinculan auto segregación y regeneración nacional en los textos de nuestro corpus.

Para Abraham Matthews, por ejemplo,

“el ideal era conseguir un país deshabitado que no estuviera bajo ningún gobierno propio, formar y mantener sus costumbres nacionales y ser un elemento constructivo y no ser asimilados por su país de adopción; un país al cual pudieran emigrar en forma suficientemente numerosa como para echar los cimientos de un futuro gobierno galés, para tener congregaciones galesas, escuelas galesas, y conseguir un dominio tan absoluto sobre el territorio como para no desaparecer absorbidos por otros pueblos vecinos”¹²⁹.

Al igual que Abraham Matthews, también William Casnodyn Rhys, Lewis Jones y Edwin Roberts subrayan en forma permanente que los móviles de la colonización galesa son principalmente la salvaguarda del idioma y de la religión. Algunos historiadores, sin embargo, han señalado que para el colono común la mejora de sus condiciones de vida y la perspectiva de poseer tierra propia fueron tan importantes como la protección del idioma y la libertad religiosa en sus decisión de trasladarse a la Patagonia.¹³⁰ De todas formas, la mayor parte de la historiografía ubica a la colonia galesa dentro de un tipo “idealista” de colonización. Resulta significativo, por ejemplo, la manera en que Roberto Schopflocher presenta a los colonos galeses en su comprensivo trabajo sobre la colonización en Argentina, ubicándolos en el mismo capítulo que los colonos judíos. Se trata, según Schopflocher, de dos casos en los que la colonización representó un proyecto destinado a aliviar una supuesta situación de

¹²⁷ ECR, p.28

¹²⁸ LJ, p.14

¹²⁹ AM, p.12

¹³⁰ Glyn Williams, *The Desert and the Dream, A study of Welsh Colonization in Chubut. 1865-1915*. University of Wales Press, Cardiff, 1975, pp.35-37

opresión de los colonos en su lugar de origen y de corregir los efectos de una diáspora.¹³¹ Los dos casos son también puestos en relación debido a su estrecha vinculación con los móviles religiosos y por contar con el apoyo desinteresado de un benefactor: aquí el Barón Mauricio de Hirsch aparece a la par del Reverendo Michael D. Jones¹³².

4.4.2. Auto Segregación y Piedad

La definición de una imagen de sí mismos, se acentúa en la definición de la propia otredad, en la caracterización de aquellos sujetos que no estaban incluidos dentro del pueblo elegido. Así, a la hora de describir a los indígenas que habitaban en la misma región que los galeses, la Biblia se convierte nuevamente en una referencia ineludible. Los textos de los pastores Abraham Matthews y William Casnodyn Rhys son particularmente elocuentes en este sentido.

Antes de examinarlos, sin embargo, es necesario aclarar que muchas de estas descripciones reconocen un claro referente en ciertas formas de presentación ampliamente difundidas entre los viajeros europeos a la hora de aproximarse a tierras y comunidades desconocidas. El capítulo “Los indios de la Patagonia” de Abraham Matthews es quizás uno de los mejores ejemplos. En primer lugar, los indios habitan, como en muchos de los relatos de viaje, un espacio textual separado. El confinamiento a capítulos específicos –en este caso, casi un apéndice al final del libro- servía para brindar una descripción supuestamente objetiva aislada de la estructura preponderantemente narrativa del resto del texto. Esto vuelve a repetirse en los textos de Hughes y de Morgan. Por otra parte, esta estrategia de deshistorización de los indios es complementaria de aquella otra por la cual son naturalizados, es decir, presentados como producto natural de un territorio y por lo tanto en una situación de igualdad con su flora y su fauna. Esta naturalización está presente sobretodo en el texto de Morgan.

Pero si bien puede argumentarse que la objetivación de los indígenas como grupo identificable a partir de su raza, su lengua y sus costumbres, da cuenta de la existencia de una mirada de tipo etnográfica ampliamente difundida a mediados del siglo XIX, es necesario agregar que es difícil encontrar en los textos de los galeses una pretensión de dotar de validez científica a esas descripciones: sólo Hughes se muestra interesado en encuadrar a los indígenas dentro de un tipo de mirada más típicamente naturalista, en la que queda endeudado con otros viajeros. Mas allá de estas atípicas pretensiones, el contacto relativamente frecuente derivado de un comercio fluido con las tribus del lugar dio a los galeses la posibilidad de contar con información de primera mano sobre los indios y por ello, muchos de los textos de nuestro corpus incluyen a los indios dentro de la estructura general del relato. Podríamos decir que si existe la intención de insertar esas descripciones dentro de un relato histórico más amplio, no se trata de la Historia Natural en cuya construcción se comprometieron numerosos viajeros decimonónicos, se trata más bien de una suerte de variante de la misma que bien podríamos denominar Historia Natural Bíblica. Matthews se vale de los personajes del Antiguo Testamento para presentar gran parte de las características de las tribus indígenas. Al tratar su vestimenta dice: “leemos en la Biblia que Elías llevaba una manta peluda de cuero y una faldilla de cuero. ¿ Y no es cierto acaso, que Juan Bautista llevaba una vestimenta

¹³¹ En un estudio reciente el historiador galés Bill Jones desautoriza el empleo del término diáspora para referirse al Gales del siglo XIX: “No se puede afirmar que la emigración haya sido una experiencia crucial para los galeses, como lo fue para los irlandeses y los judíos, ni que se haya constituido en algo central en la historia moderna de Gales como lo hizo en Escocia, Escandinavia y Cornualles que en el siglo XIX alcanzaron de manera consistente tasas de emigración de las más altas en Europa”. Bill Jones, “Gales, la Patagonia y la emigración”, *Una frontera lejana. La colonización galesa del Chubut. Fotografías de John Murray Thomas, Henry Bowman, Carlos Foresti y otros. 1865-1935*. Fundación Antorchas, Buenos Aires, 2003.

¹³² Roberto Schopflocher, *Historia de la Colonización Agrícola Argentina*, Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955. p.58

semejante?”¹³³. Y al hablar de su nomadismo, señala que “viven en tiendas, como son llamadas en la Biblia, como vivían los israelitas en el desierto”¹³⁴. De esta manera, el referenciamiento a la Biblia autoriza la proyección de una visión evolucionista particular: el del mundo poblado desde el Oriente.

La afirmación de Matthews de que “la Patagonia es un país seco semejante al Egipto”¹³⁵ constituye ya un punto de partida. En otros pasajes del mismo texto, los aborígenes son comparados con “los habitantes de Canaán cuyas costumbres se prohibía imitar al pueblo de Israel”. Y continúa: “Léase Levítico XIX 27-18 y si se toma una Biblia con notas marginales, se verá que hay referencias de la misma costumbre en Deuteronomio, Isaías y Jeremías sino en otras partes”. En estos pasajes Matthews reparte roles: si los indios son los habitantes de Canaán, los galeses son el pueblo de Israel. Así, hablar sobre los indígenas es para Matthews una oportunidad para que, en consonancia con las ideas de Baxter, se refuerce su propia pertenencia al pueblo elegido. “Demos gracias nosotros por haber nacido en el país de la Biblia y el Evangelio y procuremos vivir en consonancia con ese honor”¹³⁶. Esta concepción resulta clave para comprender el trato que los galeses dispensaron a los habitantes originales de la Patagonia y que William Casnodyn Rhys postula como una verdadera fórmula: “tratar a los indios como nos tratamos unos a otros y aún extenderles, como hacemos con los niños, la indulgencia que se debe a la ignorancia”¹³⁷. Y prosigue: “Esta fue sustancialmente la decisión que se tomó y así se obró. Es digna de recordar y debería ser escrita con letras de oro en la historia de la colonización. Fue al mismo tiempo cuerda y magnánima. Ni siquiera la colonia caúquera de Pensilvania pudo superarla”¹³⁸.

Se trató, en resumidas cuentas, de una forma de segregación conciente cuyos resultados fueron efectivamente escritos “con letras de oro” no sólo por los cronistas galeses sino por distintos autores que durante siglo XX contribuyeron con la consolidación y difusión del mito de la amistad entre indios y galeses, mito que fue rescatado por una serie de historiadores en su necesidad de contar con un relato fundamentalmente desproblematizado que permitiera sentar las bases de una historia común para la heterogénea población chubutense.¹³⁹

4.5. Puritanismo y Desierto

Si la consideración de aspectos teológicos centrales del dogma protestante nos permitió comprender mas profundamente las razones por las cuales los galeses construyeron una imagen de sí mismos como pueblo elegido, importa ahora extender estas reflexiones hacia la figura del desierto y sus significados, en tanto es el objetivo fundamental de este trabajo estudiar de que manera los galeses construyeron su relación con el “nuevo” territorio de la Patagonia.

Vimos hasta ahora que ese desierto encarnaba una prueba de fe y que ello derivaba de una transposición de valores contenidos en distintos pasajes del Antiguo Testamento. Pero, si a la hora de analizar las representaciones de la Patagonia construidas por los galeses nos limitáramos a decir que la difundida utilización de la figura del desierto se origina en el constante referenciamiento al relato bíblico, a pesar de que no nos equivocáramos, nuestro

¹³³ AM, p.138

¹³⁴ AM, p.140

¹³⁵ AM, p.149

¹³⁶ AM, p.153

¹³⁷ WCR, p.76/7

¹³⁸ WCR, p.78

¹³⁹ Esto se produjo en el marco de la consolidación de las instituciones provinciales luego de que le fuera reconocido a Chubut su estatus de provincia. Ver: Fernando Williams, “Textos en Viaje: El caso de las crónicas galesas de la Patagonia” (monografía inédita)

análisis distaría de aproximarse a los posibles significados de esa figura. Mas aún, ello nos colocaría en un plano de igualdad con un tipo ya mencionado de estudios sobre literatura y paisaje que se conforma con señalar los efectos de naturalización de la presencia inmigrante que trae aparejada la utilización del relato bíblico como intertexto. Sin ser indiferentes al papel de estas operaciones textuales dentro de estrategias de dominación territorial eurocéntricas, importa aquí reconstruir un “mundo cognitivo habilitante”, para usar nuevamente las palabras de Fitter, que permita no sólo comprender el significado de ese desierto sino también iluminar la aparente interdependencia entre los términos “desierto” y “pueblo elegido” según aparecen en las obras de nuestro corpus.

Para ello resulta fundamental revisar el concepto puritano de “naturaleza” y sus implicancias. La adhesión al dogma de la predestinación, es decir, la creencia de que Dios elige a salvos y condenados, era posible en tanto se creyera en el inescrutable designio de la voluntad divina. De esta manera, y según establecía la ya mencionada *Westminster confession* de 1647, Dios “distribuye o se reserva la gracia como le place”¹⁴⁰. Estamos ante la creencia en un Dios libre, no sometido a ley alguna, “un ser trascendente e inaccesible a toda humana comprensión”¹⁴¹. Por ello, el sentido del destino individual está rodeado de misterios que es temerario e imposible tratar de aclarar.

Como expresión de lo divino, la naturaleza condensa este carácter inescrutable y misterioso. La naturaleza, en tanto expresión de lo que es dado por Dios, reclama, en primer lugar, una actitud de aceptación. Resulta demostrativo respecto de esta actitud el pasaje de un poema de Hedd Wyn que William Meloch Hughes reproduce como acápite para uno de sus capítulos dedicados a las inundaciones que asolaron el valle hacia el cambio de siglo:

*“Aunque el huracán me convierta en mil pedazos
como niebla por las ramas del roble y el tejo,
no cesaría mi fe ni callarían mis cantos.
Porque se que nunca iría mas allá
De los límites de los propósitos divinos
Ocultos en el misterio de Dios”*¹⁴²

A pesar de que se trata de una naturaleza cuyos designios resultan incomprensibles para los hombres, la misma es aceptada en tanto es concebida dentro de los límites del plan de Dios. Pero si la impredecibilidad de la naturaleza simbolizaba de alguna manera el inescrutable plan divino, ello no se traducía en una actitud pasiva frente a sus fuerzas. En efecto, naturaleza era además y sobre todas las cosas, un sinónimo de las pruebas de la vida y como tal exigía una acción decidida. Para los protestantes de raíz calvinista el estado de gracia y en definitiva, la salvación no podía alcanzarse por medios mágico-sacramentales sino por la “comprobación de un cambio de vida”. Por lo tanto, el comportamiento individual del creyente ante las pruebas de esa vida constituía la prueba de su estado de gracia con Dios, de su pertenencia al grupo de los escogidos. No resulta sorprendente, entonces, que en los textos de nuestro corpus sean principalmente las dificultades las que mas decididamente promuevan la identificación de los colonos con el pueblo elegido mediante el constante referenciamiento a episodios del Antiguo Testamento. Al relatar un episodio ocurrido en 1879 en el que los colonos persiguen y dan muerte a un ex presidiario que había asesinado al colono Aaron Jenkins, Richard Jones recuerda que “después de enterrarlo, Israel volvió a sus carpas con la satisfacción de que la sangre del fiel de Aaron Jenkins había sido vengada”¹⁴³. Muchos años después, al dar cuenta de las destructivas inundaciones que afectaron al valle del Chubut entre 1899 y 1904, tanto

¹⁴⁰ Max Weber, p.119

¹⁴¹ Max Weber, p.123

¹⁴² WMH, p.169

¹⁴³ RJ, p.92

Eluned Morgan como William Meloch Hughes inscriben la historia de la colonia en las sagradas escrituras al remitir la primera al diluvio y el segundo a las desdichas de Job¹⁴⁴.

Mas allá de determinados sucesos puntuales es la adversa naturaleza a través de la figura del desierto la que cobra relevancia por las pruebas que impone. Ya mencionamos anteriormente que autores como Richard Jones se refieren a las peripecias de los primeros días en la Patagonia como “las pruebas de Dios”¹⁴⁵. William Meloch Hughes, por otra parte, asegura que “casi nadie en aquella época contaba con otra cosa que su fe para subsistir. En este sentido por lo menos, éramos todos hijos de Abraham, no por nuestra elección, quizás, sino por la fuerza.”¹⁴⁶.

El uso de la expresión “por la fuerza” queda justificada por las privaciones de los primeros años pero la legitimidad de su uso puede relativizarse si recordamos que el aislamiento constituye uno de los móviles principales de la colonización patagónica, pudiéndose argumentar que se trataba de una adversidad buscada. Abraham Matthews deja bien en claro al principio de su obra que “el ideal era conseguir un país deshabitado que no estuviera bajo ningún gobierno propio, formar y mantener sus costumbres nacionales y ser un elemento constructivo y no ser asimilados por su país de adopción; un país al cual pudieran emigrar en forma suficientemente numerosa como para echar los cimientos de un futuro gobierno galés, para tener congregaciones galesas, escuelas galesas, y conseguir un dominio tan absoluto sobre el territorio como para no desaparecer absorbidos por otros pueblos vecinos”¹⁴⁷.

Es comprensible que los ideales de autonomía y regeneración expresados aquí por Matthews autoricen a presentar a la auto segregación como parte de un proyecto esencialmente nacionalista. Sin embargo, interesa plantear aquí que es posible pensar este aislamiento desde otro ángulo resultante de considerar el sustrato religioso que subyace a la organización del emprendimiento colonizador y que condiciona la manera en que fue construida la relación con el territorio. Sólo de esta manera es posible comprender la particular idealización de la adversidad y la consecuente “valoración” del desierto que encontramos en autores como William Meloch Hughes o Eluned Morgan. El primero se ocupa de hacer una evaluación del prolongado estado de aislamiento de la colonia y sin dejar de advertir las desventajas que ello acarrearía para su desarrollo “social e intelectual” sostiene que la falta de comunicación y la soledad fueron beneficiosas para “la vida espiritual”. Según Hughes “en la lucha contra la soledad –la colonia- se encontró con el alma, su propia alma, el mayor tesoro que hubiese podido hallar”¹⁴⁸.

Y si bien Eluned Morgan dará cuenta, como veremos mas adelante, de una visión particular del desierto y de una sensibilidad diferente de la que es posible detectar en estos textos en conexión con concepciones decididamente puritanas del mundo, el siguiente pasaje de su obra “Hacia los Andes” constiuye un buen ejemplo de esta idealización de la adversidad y de su contenido eminentemente espiritual. Al iniciar la travesía hacia la cordillera, Eluned declara que “toda alma fuerte necesita de la quietud y la soledad para enfrentar su vida y elegir a quien ha de servir. En toda vida heroica hay una época de soledad, que no será siempre, tal vez, la soledad del desierto y la montaña; puede ser la soledad entre los negros muros de una cárcel o la soledad del exiliado lejos de su tierra, pero allí tendrá también la tranquilidad

¹⁴⁴ EM, 9; WMH, 169

¹⁴⁵ RJ p.46

¹⁴⁶ WMH p.38

¹⁴⁷ AM p.12

¹⁴⁸ WMH p.157

necesaria para el pensamiento profundo, para obtener victoria que la habilitarán para dejar el mundo mejor y mas puro de lo que lo halló.”¹⁴⁹

4.5.1. Naturaleza, Trabajo y Salvación

La adversidad buscada, encarnada de alguna manera en la figura del desierto, es la oportunidad de la prueba de salvación. De esta manera, como forma de comprobación de la fe, la lucha contra la naturaleza, que podríamos traducir como trabajo, tenía una precisa función dentro de la vida espiritual del creyente. Por eso existía entre la mayoría de los protestantes una “valoración ética del trabajo incesante, continuado y sistemático como medio ascético superior y como comprobación absolutamente segura y visible de regeneración y de autenticidad de la fe”¹⁵⁰. En su consagrada obra sobre la ética protestante, Weber señala que el trabajo aparece postulado por los autores puritanos como “el fin absoluto de la vida, prescrito por Dios”¹⁵¹.

Con el surgimiento de estas sectas protestantes, todo aquello que podríamos agrupar bajo la denominación de deberes esperables del cristiano además de su grado y forma de participación en la sociedad se ven radicalmente transformados. En tanto el amor al prójimo existe sólo para servir a la gloria de Dios, y no de los hombres, la primera manifestación de ese amor “es el cumplimiento de las tareas profesionales impuestas por la *lex naturae*, con un carácter específicamente objetivo y profesional”, “como trabajo al servicio de la impersonal utilidad social, como propulsor de la gloria de Dios”¹⁵². Así los deberes impuestos tradicionalmente por la piedad cristiana y que condicionaban el comportamiento del creyente en relación con el prójimo y con la sociedad se ven trastocados.

En un solo movimiento, el trabajo se constituye en comprobación de fe al tiempo que sirve para contrarrestar los efectos degeneradores de la naturaleza. Naturaleza debe entenderse aquí en un sentido amplio que incluye también la naturaleza humana. En este sentido, el trabajo constituía “el preventivo mas eficaz contra todas aquellas tentaciones que el puritanismo agrupó bajo el concepto de ‘*unclean life*’”¹⁵³

La importancia de la religión como forma de contrarrestar esas fuerzas degeneradoras no pasó inadvertida para los autores aquí analizados. William Meloch Hughes, por ejemplo, al destacar la alta moral de los contingentes de galeses arribados a la Patagonia se pregunta si “la influencia del ambiente nuevo puede haber torcido esta moral tan alta”. Se responde que no, pero admite que “es sorprendente que hayan mantenido tan brillante su moral” ya que existe “la tendencia constante de toda vida a volverse a su estado salvaje y degenerarse”. En este contexto, Hughes precisa que fue gracias a los líderes religiosos que la colonia patagónica pudo evitar esa suerte, aseverando que “la obra de estos ministros de Dios, su gran obra, fue la de contrarrestar esta tendencia y fomentar y animar al cansado peregrino para viajar por el camino que lo lleva a un desarrollo espiritual mas elevado y brillante”. Y continúa: “si no hubiese sido por ‘el mas seguro apoyo del Supremo’ de seguro que se hubiesen desalentado y hubiesen caído en el áspero camino. ¿Tuvieron éxito en su esfuerzo? Sí, indudablemente, -se responde a si mismo- la situación religiosa de la colonia actualmente es testimonio elocuente de ello”¹⁵⁴. Aplicando la tesis weberiana podría argumentarse que la situación económica de la colonia también puede ser considerada como un testimonio elocuente.

¹⁴⁹ EM p.20

¹⁵⁰ Max Weber, p. 244

¹⁵¹ Max Weber, p.218

¹⁵² Max Weber, p.131-2

¹⁵³ Max Weber, p.216

¹⁵⁴ WMH, p.242

Esta doble función de la religión permite que nos aproximemos de una manera diferente al proyecto mismo de colonización y a los ideales implícitos de construir una nueva Gales, que han sido leídos, generalmente, en clave nacionalista. En relación con estos ideales, existen en los escritos de los máximos ideólogos de la colonización patagónica un explícito reconocimiento del carácter vertebral de la religión. De ello da cuenta Lewis Jones cuando sostiene que “ la lucha por la autonomía exige una fortaleza que sólo se logra ahondando ese amor por las cosas religiosas que distinguen a las personas que lo poseen de las demás”¹⁵⁵.

William Meloch Hughes concuerda en que la religión tanto como el patriotismo desempeñaron un papel fundamental en el movimiento que condujo a la creación de la colonia y asegura que “fueron los pastores evangélicos los que en buen y mal tiempo apoyaron con mayor entusiasmo el movimiento”. Sostiene luego que “siempre fue la religión el estímulo mas grande para cualquier empresa”¹⁵⁶ e invocando la autoridad de Thomas Carlyle sostiene que es el incentivo mas grande del hombre¹⁵⁷. Fue la religión, declara por último Hughes, “ lo que impulsó a los Padres Peregrinos a cruzar el tempestuoso Atlántico”¹⁵⁸.

La mención de los Padres Peregrinos y su consecuente alusión a la experiencia norteamericana puede encontrarse también en otros autores y constituye una referencia que no debe pasarse por alto ya que la misma resulta ilustrativa de un tipo particular de vinculación entre valores religiosos y percepción del territorio del que procuramos dar cuenta aquí. En efecto, no es posible hacer referencia a la experiencia de los llamados Padres Peregrinos sin abordar el valor de prueba implícito en la idea de una naturaleza hostil. Leo Marx, en su estudio sobre el ideal pastoral en la literatura norteamericana y su relación con la percepción y ocupación del territorio ha puesto atención en las ideas asociadas al asentamiento de los primeros grupos puritanos en la costa oriental del sub-continente, observando que “la supervivencia en el desierto hostil exige acción, una manipulación incesante y un dominio de las fuerzas de la naturaleza, incluyendo, claro está, las de la naturaleza humana. Las colonias establecidas en el yermo requerían que sus miembros fueran acometedores, intelectuales, disciplinados y con pleno dominio de sí mismos. No es extraño que los puritanos de la Nueva Inglaterra acogieran la imagen del yermo horripilante para el paisaje americano”¹⁵⁹.

Pero no es solo advirtiendo la existencia de semejanzas en la caracterización de los grupos colonizadores que es posible encontrar un paralelismo entre los puritanos ingleses de Nueva Inglaterra del siglo XVII y los inconformistas galeses de la Patagonia en el siglo XIX. Como ya fuera señalado anteriormente, existe una vinculación directa entre el surgimiento del asentamiento patagónico y una serie de inquietudes e iniciativas propias de asentamientos preexistentes en el norte del continente, de manera que es posible hablar de cierto grado de filiación entre estos dos ámbitos en lo que respecta a la construcción de las imágenes del territorio. Y si bien existe una brecha temporal de dos siglos, la experiencia de los descendientes del *Mayflower* constituye un antecedente de peso en la determinación de formas de percibir el territorio y actuar sobre él. Puede decirse que se trata de una matriz de

¹⁵⁵ LJ, p.199

¹⁵⁶ WMH, p.241

¹⁵⁷ Si bien Thomas Carlyle rechazaba mayormente a las denominaciones religiosas inconformistas de matriz puritana como las que agrupaban a la mayoría de los galeses, Hughes se hace eco aquí de la fuerte crítica de Carlyle al industrialismo y a la expansión del mecanicismo hacia todas las esferas de la sociedad. Cabría preguntarse que grado de conexión existe entre emprendimientos colonizadores como el que nos ocupan y figuras del campo intelectual como Thomas Carlyle quien en oposición al *laissez faire* de su época promovió en forma explícita la educación popular y la emigración planificada. “Thomas Carlyle”, Raymond Williams, *Cultura y Sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, p.73-84

¹⁵⁸ WMH, p.241

¹⁵⁹ Leo Marx, *La Máquina en el Jardín*, México, 1974, p.39

percepción y acción cuya larga duración queda relativamente asegurada por los móviles religiosos que aún en el siglo XIX vuelven a empujar a ciertos grupos a emigrar y conformar nuevas comunidades.

El texto de Edwyn C. Roberts es, en nuestro corpus, un claro ejemplo de esta vinculación mas directa con la experiencia norteamericana. Allí, Roberts analiza en detalle el surgimiento de la idea de una colonia en la Patagonia así como la preparación del viaje, reproduciendo el supuesto contenido de las conferencias con las que se promocionó el emprendimiento durante la primer mitad de la década de 1860. Nacido en Gales pero criado desde muy pequeño en el Midwest norteamericano, Roberts expresa en su texto un espíritu y voluntad de dominio del yermo que no es posible encontrar en los textos del resto de los galeses y que es inseparable de su propia experiencia de vida. La posibilidad de transformación del yermo de la que él mismo fue testigo se convierte en un argumento a favor de la colonización en la Patagonia. Roberts recuerda así el Wisconsin en el que fue criado, el que no hacía mucho tiempo “era posesión de los indios y morada de las bestias salvajes”. “Mas un día –relata- llegaron al bosque los artífices con sus hachas, con el fin de preparar el terreno para construir casas y fabricar otras cosas indispensables”. Donde habitaban los miles de habitantes del Oshkosh donde fue criado, Roberts recordaba aún los toldos de los pieles rojas. “Porque, entonces, –se pregunta- no podría hacerse lo mismo en la Patagonia?”¹⁶⁰.

En función de esta actitud, no sorprende que entre los autores analizados, Roberts sea el único que no duda en utilizar la palabra “desierto” con todas sus connotaciones negativas. Precisamente, cuanto mas hostiles son las condiciones mayor la dignificación de aquellos que deciden desafiar esa hostilidad. Roberts es conciente de su particular postura sobre las posibilidades de ocupación de territorios considerados como desiertos y señala que los galeses de Gales eran mas renuentes que los galeses norteamericanos a la idea de la colonización en la Patagonia: “país de indios crueles y bestias rapaces, país de nieves eternas”¹⁶¹.

Pero lo que interesa centralmente aquí es que esta postura de Roberts es inescindible de los propósitos religiosos de la colonización, confirmando la existencia de una matriz de percepción del territorio que, de alguna manera, es deudora de la de los colonos puritanos en Estados Unidos. Como bien señala Glyn Williams en su antología, el de Roberts, a pesar de su originalidad, es un texto desordenado e impreciso propio, no de un letrado sino mas bien de un predicador amateur¹⁶². De todas formas, la curiosa articulación entre algunos de los temas que trata Roberts no son enteramente atribuibles a su falta de entrenamiento como escritor y ofrecen, en cambio, perspectivas mas abiertas y estimulantes de las que aparecen en otras obras de nuestro corpus cuyos textos fueron mas cuidadosamente ordenados a partir de temas y períodos. En este sentido, es interesante notar la imbricación existente en el texto de Roberts entre la posibilidad de dominio del desierto, explotación de sus recursos y creación de una nueva sociedad basada en los ideales religiosos, donde estos últimos son vistos, no sólo como estructura de dicha sociedad, sino también en relación con la acción de propagación de la palabra de Dios. Por eso, al hablar de las grandes posibilidades que ofrecía América del Sur para la colonización, Roberts sostiene que “la emigración bien dirigida es mas importante que el envío de misioneros” y que “al consagrarse a la emigración, los peregrinos de Nueva Inglaterra hicieron mas por la libertad y la religión que todas las sociedades misioneras del mundo entero”¹⁶³.

¹⁶⁰ ECR, p.29

¹⁶¹ ECR, p.26

¹⁶² RBW, p.30-32

¹⁶³ ECR, p.49

Finalmente y como parte de este intento de articular naturaleza, salvación y trabajo, nos interesa detenemos en algunas consideraciones relativas a este último y plantear su relación con el mundo de los textos producidos y consumidos en la colonia, lo que incluye obviamente a aquellos que integran nuestro corpus.

Como vimos, para los protestantes de raíz calvinista, el “estado religioso de gracia” no podía ser alcanzado por medios mágico-sacramentales, ni por efecto de la confesión, ni tampoco como consecuencia de un acto de piedad, sino por medio de un cambio en la vida del creyente que lo diferenciara claramente del “hombre natural”. Ello explica, según Max Weber, el origen del impulso del creyente a “controlar metódicamente en la conducta su estado de gracia y por tanto a ascetizar su comportamiento en la vida”¹⁶⁴. Fue la identificación y el estudio de las acciones disciplinadoras de las sectas protestantes de raíz calvinista lo que llevaron al propio Weber a sostener que las mismas jugaron un rol fundamental en el surgimiento y consolidación de las formas de trabajo asociadas al capitalismo. La tesis de Weber se basó en la certeza de que la “racionalización de la conducta en el mundo con fines ultramundanos fue el efecto de la concepción que el protestantismo ascético tuvo sobre la profesión”¹⁶⁵.

A pesar de que el protestantismo, en general, adhería a la salvación por medio de la fe y no por las obras, superado el momento de la conversión existió un énfasis en el obrar y en la reglamentación de la vida. En efecto, una vez producida la conversión, su carga sentimental se convertía en aspiración racional de perfección. La religión supuso entonces una racionalización de la conducta de acuerdo a los preceptos divinos que no tardó en reflejarse en el mundo terrenal. Representativa de esta corriente de racionalización de la conducta fue la obra de John Wesley, iniciador del metodismo, denominación que en su variante calvinista fue la más importante de Gales durante el siglo XIX y una de las principales de la colonia galesa. E. P. Thompson destaca la importancia de las sectas metodistas en la interiorización de la disciplina de trabajo. Justamente, “el nombre metodistas subraya este buen gobierno del tiempo”¹⁶⁶. Para Thompson, las sectas metodistas eran una expresión de la crisis psíquica provocada por la interiorización de un nuevo sentido del tiempo. De esta manera, y diferenciándose de Weber, Thompson no establece una relación directa de causa-efecto entre el disciplinamiento protestante y el surgimiento de las formas capitalistas de trabajo. En cambio, sostiene que “el puritanismo, en su matrimonio por conveniencia con el capitalismo industrial, fue el agente que convirtió a los hombres a la nueva valoración del tiempo”¹⁶⁷.

En los textos de nuestro corpus es posible encontrar indicios de la función moralizadora de la religión en relación con el trabajo. A pesar de que cada colono era supuestamente acreedor de una chacra, pasaron varios años hasta que cada uno de ellos se estableció en su propiedad, por lo que en un primer tiempo las tareas eran organizadas en forma colectiva¹⁶⁸. Los relatos de esos primeros años dan cuenta de que el Antiguo Testamento, además de mediar la percepción de los colonos con el nuevo territorio, funcionaba también como código de conducta. “Todos los hombres tenían que trabajar; había la ley y su fuerza: ‘el que no trabaje, tampoco coma’ ”, recuerda Thomas Jones citando un versículo de la Epístola de Pablo a los Tesalonicenses que era aparentemente utilizado en aquel tiempo¹⁶⁹.

¹⁶⁴ Max Weber, p.206

¹⁶⁵ Max Weber, p.207

¹⁶⁶ E. P. Thompson, op.cit., p.439

¹⁶⁷ *ibid.*, p.449

¹⁶⁸ Glyn Williams, *The Welsh in Patagonia. A critical bibliographic review*, Cardiff, 1979, p.12

¹⁶⁹ TJ, p.53

Pero la palabra escrita importa aquí no sólo como fuente histórica sino como instrumento de esta racionalización de la vida de la colonia en la cual tampoco es posible pasar por alto la función de verdaderos agentes cumplida por los pastores de cada denominación. Esta función moralizadora en un sentido amplio informa la mayoría de las manifestaciones de los colonos durante los primeros años, incluyendo el consumo y producción de textos. Ya fue señalado con anterioridad que la Biblia y los cancioneros figuraban entre los textos de mayor circulación en la colonia galesa de la Patagonia. Pero el consumo de literatura religiosa excedía los límites de este primer grupo para incluir biografías de personajes de renombre o estudios interpretativos de diferentes partes de la Biblia. Como parte de este segundo grupo encontramos textos tradicionales del puritanismo inglés traducidos al galés como la obras de John Bunyan¹⁷⁰ y otros cuyos títulos son elocuentes respecto de la importancia dada a la racionalización de la conducta tales como: “Autocontrol”¹⁷¹ o “La importancia de usar bien el tiempo”¹⁷². Recordemos, en este sentido que ya en 1786 John Wesley había publicado uno de sus textos de mayor difusión: *The Duty and Advantage of Early Rising*. (El deber y las ventajas de levantarse temprano).

El aislamiento de la colonia era funcional a la acción disciplinadora de la lectura de este tipo de literatura. Así lo expresa William Meloch Hughes cuando opina que “se leen mas libros de explicaciones sobre la Biblia por los trabajadores de la colonia del Chubut de lo que lee la misma clase social en el País de Gales, debido a que tienen mas tiempo libre y menos atracciones en otro sentido”.¹⁷³ En la misma obra, el trabajo y su acción moralizadora y regeneradora vuelve a vincularse con el aislamiento de la colonia cuando Hughes valora “su condición precaria y su suerte adversa” en tanto hizo que los aventureros se mantuvieran lejos de la colonia ¹⁷⁴.

Pero no sólo el consumo sino también la producción textual dentro de la colonia tenía una clara función moralizadora, especialmente en el contexto de los primeros *Cyrddau Lenyddol* (encuentros literarios) antecedentes de los *Eisteddfod* aparecidos posteriormente. Los organizadores de dichos encuentros entre los que se encontraban ministros de las iglesias y maestros fijaban de antemano los temas sobre los que escribían o discutían los participantes. Vale aquí mencionar, como ejemplo, el primer trabajo publicado por Eluned Morgan, escrito originalmente como ensayo y premiado en uno de estos concursos cuyo título “*Trefnusrwydd Teuliaid*” (organización familiar) resulta elocuente respecto de la tarea de inculcación en las mujeres de los deberes de mantenimiento del hogar ¹⁷⁵. Mas interesante aún es la lista que hace Thomas Jones de los temas elegidos para los primeros encuentros literarios, siendo los tres primeros que menciona -“Río Chubut”, “La Patagonia como lugar apropiado para la instalación de los galeses” y “La avaricia”¹⁷⁶- lo suficientemente elocuentes respecto de la estrecha vinculación existente entre moralización y la domesticación del yermo.

Pero el texto que cobra mayor interés en relación con esta particular vinculación es aquel escrito por Abraham Matthews. Este pastor congregacionalista resolvió embarcarse en la preparación de esta crónica en 1893 al enterarse de la muerte de Edwyn C. Roberts quien se hallaba recopilando el material para escribir una historia de la colonia galesa de la Patagonia.

¹⁷⁰ *Gweithiau John Bunyan*, impreso por Hughes & Son de Wrexham.

¹⁷¹ William Powell, *Hunan Llywodraethiad*, impreso H.Humphreys de Caernarfon.

¹⁷² Horne, *Y Pwysierwydd o Iawn Ddefnyddio Amser*, impreso H.Humphreys de Caernarfon.

¹⁷³ WMH, p.243

¹⁷⁴ WMH, p.240

¹⁷⁵ Se trata de un trabajo publicado dentro de una compilación de ensayos publicados en 1892 mencionado por Ceridwen Lloyd Morgan y Kathryn Hughes, “Rhagymadrodd”, Eluned Morgan, *Dringo'r Andes & Gwymon y Mor*, Honno, Dinas Powys, 2001

¹⁷⁶ TJ, p.63

Matthews se encontraba en ese momento en Cardiff, hecho que hizo posible la publicación de su trabajo al año siguiente.

Según lo aclara en el prefacio, el autor es consciente de que se trata de una crónica, de valor para el historiador pero no para el literato. Por atenerse a los hechos en forma cronológica, este texto es, en efecto, uno de los más ordenados de los que componen nuestro corpus. Además de la periodización que estructura la obra, el contenido se divide a su vez temáticamente, por lo que cada período es analizado en distintos planos: agrícola, comercial, social, religioso y educativo.

El objetivo fundamental de Matthews es hacer un detallado seguimiento de los progresos de la colonia. El perfeccionamiento de los métodos agrícolas, la incorporación de nueva maquinaria, el rendimiento anual de las cosechas, los términos de intercambio en el comercio de la colonia, son temas que Matthews se preocupa en seguir a lo largo de toda su obra con un celo casi estadístico y explicando todo en forma sintética y transparente, dejando un ínfimo lugar para lo anecdótico.

Junto con William Meloch Hughes, Matthews es el que mejor da cuenta del proceso de transformación agraria y tecnológica de la colonia. Como en un mapa, la lectura de su texto, permite reconstruir el proceso de ocupación del valle del Chubut a medida que sus tierras van convirtiéndose en áreas productivas.

No es necesario señalar que el énfasis puesto por el autor en el progreso material de la colonia tiene un horizonte claramente promocional. Recordemos en este sentido que Matthews escribe este texto en Gales a donde se había dirigido con el expreso fin de reclutar nuevos colonos. Pero, aún en su conexión con esta misión, su obsesión por la consolidación económica de la colonia guarda una estrecha relación con la posibilidad de construir una sociedad moral, basada principalmente en principios religiosos. Mas aún, según Matthews, la falta de progreso material erosiona toda posibilidad de llevar adelante una vida moralmente aceptable. Ello queda claro cuando da cuenta de los primeros años en los que el aislamiento y la falta de medios pusieron a los colonos al borde de la supervivencia. La práctica de la religión no se abstraía de esta situación ya que según recuerda en las primeras páginas de su libro: “los domingos y días de semana solíamos congregarnos en el depósito de trigo, sentándonos sobre las bolsas que contenían el cereal”¹⁷⁷. Numerosos testimonios de los sacrificios de aquellos años se encuentran en el texto de Thomas Jones cuya lectura evidencia la necesidad de aprovechar al máximo los mínimos recursos disponibles en aquellos tiempos. Así, recuerda que “usábamos sacos, chalecos y calzado de cuero de caballo, hechos por nosotros mismos”¹⁷⁸. El mismo Jones da cuenta también de la fabricación de jabón y velas con grasa de bueyes, guanacos y lobos marinos de los que se aprovechaba también el cuero y el aceite. Para los vidrios de las ventanas se usaba la delgada piel del ñandú y no era extraño que los muebles se fabricaran con restos de embarcaciones hallados en las playas¹⁷⁹.

Si por un lado estas condiciones adversas ponían a prueba la fe de los galeses, Matthews se muestra preocupado por las consecuencias del aislamiento: “nuestras comunicaciones habían sido tan defectuosas que nos resultaba difícil conseguir ropa; muchos, además, éramos demasiado pobres como para comprarla aún en el caso de tenerla a nuestro alcance. Y así hubo quienes no se consideraron decentemente vestidos para asistir a los cultos, todo lo cual resultaba un serio contratiempo para nuestras asambleas”¹⁸⁰. Admitiendo que la moralidad

¹⁷⁷ AM, p.51

¹⁷⁸ TJ, p.95

¹⁷⁹ TJ, p.102

¹⁸⁰ AM, p.71

descansaba sobre cierto sustrato material y formal, Matthews sostiene en otro pasaje: “Haced dormir al hombre al aire libre o sobre un colchón en el suelo y se olvidará de rezar el Padrenuestro (...) y dejadle vivir en un rancho sin mesa ni silla y no le quedarán ganas de realizar el servicio religioso hogareño y pedidle que adore en un granero los días domingos y perderá mucho de su celo y devoción”. Al final del párrafo Matthews es concluyente: “...al perder la devoción se perdía el poder disciplinario y preventivo de la religión”¹⁸¹.

4.5.2. Puritanismo y Trabajo Agrícola

Pero no es solo el progreso material en sí mismo lo que interesa a Matthews sino el proceso por el cual puede conseguirse. Y aquí es necesario hacer una aclaración importante acerca del tipo de trabajo que para Matthews habilitaba la existencia de una sociedad moral. No es la explotación de los recursos mineros, en especial los metales preciosos como el oro cuya búsqueda condujo a varios colonos a aventurarse hacia la cordillera de los Andes y a formar incluso una compañía para encarar su explotación.

Tampoco es la explotación pastoril que durante los primeros años en la Patagonia se había vuelto tan importante como la caza de animales silvestres, primero en las tierras no cultivadas del valle y luego en las tierras mas altas y áridas de las mesetas. Matthews deja bien en claro su posición al hablar de la caza cuando dice que “había en esa tarea propensión a fomentar en la generación joven, inclinación hacia esa vida libre y sin trabajo que significaba fomentar el ocio, la pereza física y mental”¹⁸². De la misma forma opina que, “la crianza y el pastoreo de miles de animales no reúne una población numerosa que permita la organización de una sociedad según las costumbres y los privilegios tan caros al corazón galés”. En realidad, aún durante el siglo XIX, gran parte del territorio de Gales se hallaba dedicado a las actividades pastoriles, por lo que la posición de Matthews en contra de la ganadería y a favor de la agricultura no se debe tanto a la intención de reproducir las condiciones de su país de origen sino mas bien a las connotaciones morales de ambas formas de explotación. Mientras que las sociedades pastoriles eran asociadas a estadios mas primitivos de la sociedad humana, las sociedades basadas en el trabajo agrícola eran consideradas como mas evolucionadas a partir del mayor grado de interrelación, normativización y tecnificación que traían aparejadas. Esta valoración debe ser leída dentro del contexto del puritanismo que, en general, tuvo “en gran estima a la agricultura como rama particularmente importante de la actividad económica y específicamente compatible con la piedad”¹⁸³. Ello explica también la simpatía de los puritanos hacia el “farmer” y su consecuente descalificación del “lordman”. No debe dejar de señalarse la acentuación de esta preferencia en la misma Gales, donde la clase terrateniente fue crecientemente percibida como un elemento extraño en virtud de su idioma y religión diferentes y debido a que residían generalmente en Inglaterra. Lo dicho sirve para comprender porque Matthews expresa su satisfacción ante la llegada de nuevos inmigrantes y el reparto de la totalidad de las tierras del valle, hecho que dio como resultado el incremento del trabajo agrícola y el consecuente abandono de las prácticas de caza: “Este cambio introdujo nuevamente el elemento estabilidad y obligó a la gente a ser mas reflexiva y por ende mejores componentes de una sociedad”¹⁸⁴. Puede decirse que el desarrollo agrícola obsesiona a Matthews a lo largo de toda su obra, llegando a declarar al final de la misma que las perspectivas futuras de la colonia dependen en forma directa de la disponibilidad de tierra cultivable¹⁸⁵.

¹⁸¹ AM, p.52

¹⁸² AM, p.95

¹⁸³ Max Weber, p.246

¹⁸⁴ AM, p.95

¹⁸⁵ AM, p.135

La figura de Matthews reviste un interés adicional por ser representativa de esta particular articulación entre trabajo agrícola y comunitarismo puritano a partir de su propia inserción social ya que, al menos durante los primeros años, el pastor no tenía una ubicación preferencial dentro de la estructura laboral de la colonia. Como si fuese un colono más, y a pesar de haber sido el único ministro entre 1867 y 1874, Matthews recibió una chacra a partir de la cual debía ganar su sustento. Ello explica además su interés y conocimiento de la cuestión agrícola. Recordemos además que pertenecía a la denominación congregacionista, secta que se destacaba por la casi inexistencia de una estructura jerárquica. De esta manera, Matthews representa por sí mismo y desde su propia conducta al personaje estricto y emprendedor tradicionalmente asociado con el protestantismo calvinista.

Puede argumentarse que su particular ubicación en la estructura social de la colonia pudo haber resultado determinante en el hecho de que su relato se haya desarrollado en segunda persona del plural, un “nosotros” cuyo uso da cuenta además del rol de liderazgo por él asumido. El fragmento con el que Matthews inicia su apartado “El desarrollo agrícola” correspondiente al período 1874-1881 es una clara muestra del uso de este “nosotros” y también del tono apresurado, calculador y sintético propio de su escritura:

”Comenzamos a trabajar en 1874 con dos veces más trabajadores que antes; y unos quince meses más tarde el número se había cuadruplicado, hasta aumentar mucho más en 1880 y 1881. Además algunos de los niños nacidos en la colonia eran ya jóvenes robustos. Al par que aumentaban los trabajadores se acrecentaba el capital e importábamos toda clase de máquinas e implementos agrícolas. Durante los primeros años de la colonización no teníamos sino carros, carretas y coches pequeños e incómodos fabricados por nosotros mismos. Pero en este período importamos carros y carretas norteamericanas, aunque seguíamos fabricándolas. En los años anteriores casi todas las familias tenían pequeños molinos a mano para moler el trigo para el consumo familiar, aunque teníamos un molino de piedra movido por un caballo; pero se perdió mucho tiempo llevando el trigo a este molino y allí era necesario a menudo esperar turno, de modo que a las familias más alejadas les convenía más moler el trigo moviendo a mano el pequeño molino casero. Pero en el transcurso de este año obtuvimos un molino a vapor y otro a viento.”¹⁸⁶

Esta serie de labores, de las que tan insistentemente da cuenta Matthews, fueron, en definitiva, las que permitieron iniciar una profunda transformación del valle del río Chubut, a partir de la subdivisión de la tierra, de la construcción de canales de riego, del sembrado de cereales en parcelas, de la materialización de los límites de las propiedades rurales con hileras de árboles que actuaron como barreras cortavientos, de la construcción de las viviendas que se constituyeron en centro de las explotaciones familiares gravitando sobre algunas estructuras subsidiarias y sobre huertas y jardines circundantes. Estamos ante la conformación de un paisaje singular que reúne con inusual densidad las huellas y los objetos producidos por la acción humana.

No quedan dudas del efecto transformador de los trabajos de los que se da cuenta y sin embargo Matthews es reacio a presentarnos imágenes más o menos totalizadoras de esa transformación. Tampoco hay imágenes del desierto. En efecto, más allá de la referencia bíblica, no existen en su texto imágenes del yermo. Antes bien, este último aparece como fondo innostrado de un trabajo incesante. Más que imágenes, lo que la lectura del texto de Matthews comunica es el sonido de la labor de una comunidad en lucha por el dominio de las fuerzas naturales. Hombres cosechando, moliendo, abriendo canales de riego, construyendo represas, poniendo en funcionamiento nuevas maquinarias. Hombres reuniéndose para cantar,

¹⁸⁶ AM, p.92

para orar, para discutir. En todo caso el desierto aparece como el telón silencioso contra el que el incansable trabajo de los colonos construye una sociedad moral. Puede decirse entonces que, mas allá de las referencias al relato bíblico, el desierto no se objetiviza, no se convierte en objeto de interés por parte de los galeses al menos durante las primeras dos décadas de la colonización.

Así como la conducta personal representaba para los puritanos un claro signo de regeneración, de la misma manera, los resultados concretos del trabajo pueden ser vistos como “frutos de la fe”, para ponerlo en términos del evangelio según San Juan. “Nuestras maquinarias”, “Nuestros caminos y puentes” son los títulos elocuentes de los apartados a partir de los cuales Matthews examina cada período. De esta manera, es posible sostener que son el trabajo y sus frutos los que imponen el límite entre el orden (cosmos) y lo informe e innumerable (caos). Y si bien ello implica que aún tácitamente las tierras cultivadas se convierten en el espacio textual de Matthews, su visión de ese territorio transformado nunca llega a ser una apreciación estética; en otras palabras, nunca aparece como jardín, tal como aparece en otros textos de nuestro corpus. Son muy pocas las oportunidades en las que Matthews se detiene y mira hacia atrás de una manera mas amplia y contemplativa. Cuando lo hace, aún eludiendo caer en apreciaciones que puedan sonar subjetivas, reconoce que “después de empezar a dividir (...) el valle en campos cercados, el lugar adquiere un aspecto mas hogareño”¹⁸⁷.

Esta ausencia de imágenes y de sentido estético no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que de acuerdo con la moral puritana, el disfrute de la belleza constituía un acto superfluo y estaba, por tanto, fuera de las posibilidades de Matthews. Como bien señala Silvestri, la condena del placer asociado a la belleza natural es una condena moral¹⁸⁸. Esto explica porque las manifestaciones artísticas no eran, en general, objeto de atención por parte de los puritanos, quienes consideraban a la mayoría de ellas como indignas. La excepción era, por supuesto, la literatura, desde que su religiosidad reconocía en las sagradas escrituras un centro de gravitación de primer orden. Confirmamos, de esta manera, que los registros literarios constituyen un área de indagación ineludible a la hora de preguntarnos acerca de la construcción de las representaciones territoriales surgidas en torno de esta experiencia colonizadora. Aún cuando existieran otras manifestaciones, las mismas parecían no poder sustraerse de la gravitación de la religión. Es el caso de los grupos teatrales, cuyas obras tenían a la Biblia como guión. Eso es lo que parecen sugerir las vestimentas orientales de los integrantes del grupo teatral *Maes Ymdrech*, según una foto tomada en 1913 frente a la capilla Sión de Bryn Gwyn. **(FIG. 3. Grupo teatral *Maes Ymdrech*¹⁸⁹)**

Habiendo dicho esto es necesario reconocer que la producción poética, promovida por eventos y tradiciones recreadas, como el mencionado *Eistedfodd*, se alejaba de los propósitos prácticos y aleccionadores de la literatura puritana. En efecto, a pesar de que dichos ámbitos comenzaron a articularse en forma creciente con la religión hacia mediados del siglo XIX, es posible considerar a la poesía como un campo de manifestaciones relativamente autónomo.

En suma, esta ausencia de imágenes y de sentido estético en el texto de Matthews está señalando los límites de una matriz de percepción y construcción del territorio íntimamente ligada a los ideales religiosos participantes de una concepción puritana del mundo que, en gran parte, motorizaron este proyecto colonizador. De todas formas, la religión seguirá estando presente en la percepción del territorio pero no desde estas determinaciones restrictivas mas estrechamente vinculadas con la moral puritana.

¹⁸⁷ AM, p.126

¹⁸⁸ Graciela Silvestri, “Velos. Belleza natural, forma moderna y paisaje”, Revista *BLOCK* nro.1 (1997)

¹⁸⁹ Fuente: Una frontera lejana. La colonización galesa del Chubut. Fotografías de John Murray Thomas, Henry Bowman, Carlos Foresti y otros. 1865-1935. Fundación Antorchas, Buenos Aires, 2003, p.86

Hacia fines del siglo XIX, la imagen del desierto en contra del cual era necesario librar una verdadera cruzada va desapareciendo para dejar lugar a una visión del valle del Chubut transformado en un virtual jardín. Dando sustento a una posible periodización de la circulación de estas representaciones del territorio patagónico Eluned Morgan, en un texto que comenzó a escribir en 1899, recuerda, luego de resaltar las cualidades de aquel jardín, que esa región había sido el Canaán para los colonos 35 años atrás, desplazando así la imagen del desierto hacia los primeros tiempos de la colonia¹⁹⁰.

¹⁹⁰ En el original en galés Eluned Morgan señalaba “*Dyma oedd Canaan yr hen wladfarwyr 35 mlynedd yn ol*” EM p.7 (p.13 en la versión castellana) En realidad Eluned Morgan se refiere al jardín que representaba el valle cultivado a partir del relato de su destrucción luego de la inundación de 1899.

APENDICE FUENTES PRIMARIAS

(CON SIGLAS DE REFERENCIA UTILIZADAS EN NOTAS A PIÉ DE PÁGINA)

(HH) Hugh Hughes, *Llawlyfr y Wladychfa Gymreig*, L. Jones & Co. Llynlleifiad (Liverpool), 1862.

(ECR) Edwyn C. Roberts, *Hanes Dechreuad Y Wladfa Gymreig yn Mhatagonia*, J.F. Williams, Bethesda, 1893.

(AM) Abraham Matthews. *Hanes y Wladfa Gymreig yn Patagonia*. Mills & Evans, 1894. Edición en castellano: *Crónica de la Colonia Galesa de la Patagonia*. Editorial Raigal, 1954. Otra ed. El Regional, 1977.

(LJ) Lewis Jones. *Hanes y Wladva Gymreig*. Cwmni'r Wasg Genedlaethol Gymreig, 1898. Edición en castellano: *La colonia Galesa. Una nueva Gales en Sudamérica*. El Regional, 1993.

(EM) Eluned Morgan. *Dringo'r Andes*. Y Brodyr Owen. Y Fenni, 1904. Edición en castellano: *Hacia los Andes*. El Regional, Rawson, 1976.

(RJ) Richard Jones, “Y Wladfa Gymreig”, *Y Drafod*, 1919-1920, Edición en castellano: *Del Imperio al Desamparo*. El Regional, Gaiman, 2002.

(TJ) Thomas Jones (Glan Camwy) “Hanes cychwyniad y Wladfa ym Mhatagonia”, *Y Drafod*, Gaiman, 1926. Edición en castellano: *Historia de los comienzos de la Colonia Galesa en la Patagonia*, Trelew, 1999.

(WMH) William Meloch Hughes, *Ar lannau Camwy ym Mhatagonia*, Y Brython, Liverpool, 1927. Edición en castellano: *A orillas del Chubut en la Patagonia*. El Regional, Rawson, 1993

(WCR) William Casnodyn Rhys, *La Patagonia que canta*, Emecé, Buenos Aires, 2000. (versión castellana de dos manuscritos inéditos en galés: “Pioneros de la Patagonia” y “Quince años en la Patagonia”)